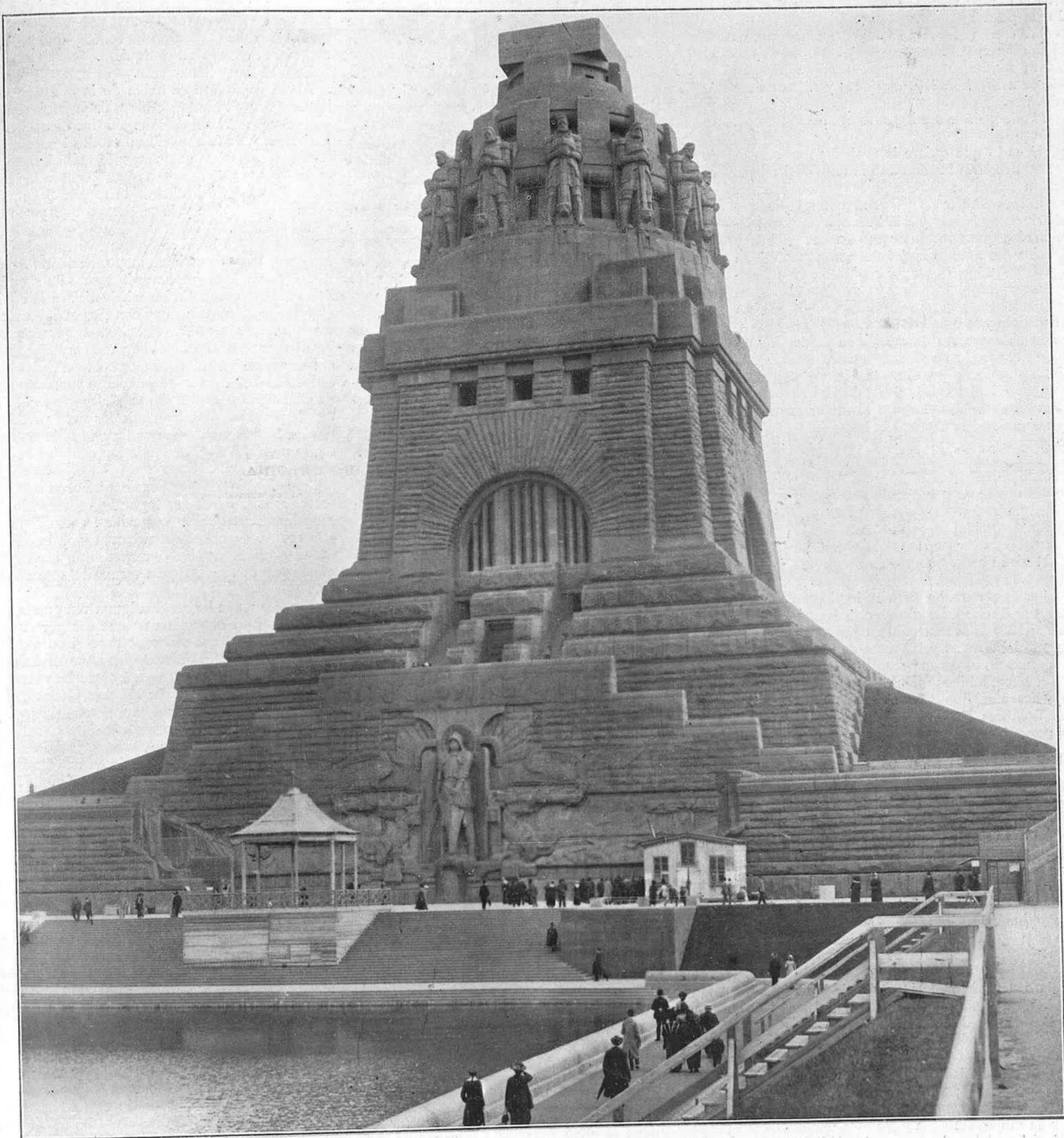


# La Ilustración Artística

Año XXXII

BARCELONA 27 DE OCTUBRE DE 1913

Núm. 1.661



MONUMENTO CONMEMORATIVO DE LA BATALLA DE LAS NACIONES

inaugurado en Leipzig por el emperador Guillermo II de Alemania, el día 18 de los corrientes. (De fotografía remitida por Ramón Parrondo.)

Este monumento ha sido erigido en conmemoración de la batalla llamada de Las Naciones o de Leipzig (16 a 19 de octubre de 1813), en la que los aliados derrotaron a Napoleón I, librándose Alemania del yugo francés. Como se ve en el adjunto grabado, es una obra verdaderamente colosal, que ha costado seis millones de marcos (7.500.000 pesetas), producto de una subscripción nacional. Mide 91 metros de altura y para dar idea de sus dimensiones bastará

decir que las doce estatuas de guerreros que rodean la cúpula superior, tienen 12 metros de alto cada una.

El monumento ha sido inaugurado solemnemente el día 18 del actual, habiendo presidido la ceremonia el emperador Guillermo II y asistido a ella el archiduque heredero de Austria Francisco Fernando, el príncipe Augusto de Suecia y el gran duque Cirilo de Rusia.

## SUMARIO

**Texto.** — *La mujer de hoy. En la sociedad y en las leyes*, por Salvador Farina. — *La alegría que pasa*, por B. Morales San Martín. — *El Presidente de la República Francesa en Provenza.* — *El correo aéreo en Francia.* — *El ganador de la copa Gordón-Bennet.* — *Los delegados de las Cámaras de Comercio francesas en Andalucía.* — *D. Alejandro Pidal y Mon.* — *Dr. D. Valentín Carulla.* — *Leipzig. Inauguración del monumento de la Batalla de las Naciones.* — *Monumento al genio de Goethe.* — *La Madonna de Pinturicchio.* — *El aviador alemán Stoeffler.* — *Monumento al barón Dhanis.* — *Monumento al conde de Romanones.* — *Gil de Claircoeur* (novela ilustrada; continuación). — *La catástrofe del «Vulturino».* — *Londres. La boda del príncipe de Connaught.* — *Libros.* — *Monumento a Garibaldi.*

**Grabados.** — *Notas de Leipzig, Provenza, Villacoublay, Granada, Amberes, Guadalupe, Londres y Spezia.* — Dibujo de Carreres, que ilustra *La alegría que pasa.* — *Varias esculturas, cuatros y retratos.*

## LA MUJER DE HOY (1)

EN LA SOCIEDAD Y EN LAS LEYES

No hace mucho tiempo que, precedido y acompañado de poca benevolencia por parte de nuestro sexo, celebróse en Roma un congreso femenino, en el cual se dijeron palabras fuertes y compasivas y se expresaron sentimientos y propósitos que hicieron enmudecer a los hombres burlones y a los necios inconscientes.

Pero alguien, sincero e ingenuo al mismo tiempo, preguntó:

— ¿Qué es lo que quiere la mujer? ¿Acaso no ha sido y no es todavía la señora del mundo? ¿Por qué se arma en guerra y a qué conquistas pretende llegar?

Yo mismo, sin dejar de alabar mucho a la compañera de nuestras fatigas y a la buena, a la nunca olvidada madre que nos amamantó en sus pechos y nos dió siempre todo lo mejor del amor, yo también hice igual pregunta, que ayer repitieron cien hombres y otros cien repetirán mañana: «¿Qué más quiere la mujer?» Pues quiere su derecho. Dispuesta a ser el consuelo y la gloria del hombre que la recompense con su amor, no quiere ser su juguete de un cuarto de hora ni ser su diversión hasta que de ella se sacie. Y sabido es que el macho se sacia pronto. Desde tiempo inmemorial, el hombre ha preparado todas sus cosas de manera que la mujer sirva sólo para sus necesidades. Cuando la hermosa ha dejado de ser hermosa (pues su belleza, si no su gracia, se ha marchitado cuando todavía se siente joven y fuerte); cuando se ve sola, como perdida en el ancho mundo y no tiene un hijo que la socorra, ni un hermano, y el padre ha muerto o sólo está medio vivo, entonces la desgraciada *ve* su propio derecho de que no se tenga su vida por agotada enteramente. En cambio, el varón anda siempre en busca de algo que se parezca a la felicidad.

La mujer *ve* el derecho, pero no lo alcanza nunca. En vano me diréis: «La mujer está hecha para el amor; su triunfo es la maternidad; son su recreo los quehaceres domésticos y las artes de la coquetería; todo lo demás no es de su incumbencia.»

¡Poco a poco, amigos míos! Podía ser así en otro tiempo, y acaso así debiera ser; pero la sociedad que nosotros, hombres, hemos hecho, nos ha salido mal. Y si no, pensad. Si nuestra graciosa hija llega a los... (ponga aquí cada una de mis lectoras los años que le parezcan más amargos) y los pasa (esos años amargos) sin encontrar marido y no siente la menor vocación de desposarse con Dios ¿qué recurso le queda? Ninguno, enteramente ninguno. Son pocas las ricas que pueden cruzar la vida sin un poco de amor, contentas de derramar el bien entre los hijos de otras madres, de llevar el consuelo a las buhardillas en donde residen, bien casados, por lo civil y por lo eclesiástico, la miseria y el dolor... Pero ¿y todas las demás, qué harán?

Tal es la pregunta que ha hecho enmudecer a los burlones.

Un valeroso profesor de Derecho de la Universidad de Génova, un amigo mío de la infancia, el sardo Pascual De Murtas, dijo, no hace mucho tiempo, en el discurso inaugural del año escolástico: «Proclamada la igualdad política y jurídica de la mujer, creedme, no sobrevendrán las perturbaciones sociales que temen los adversarios; todo lo contrario.» «¿Quién sabe, añadía haciendo suyas las palabras de Rogelio Bonghi, si la mujer, amorosa y piadosa, encontrará y pronunciará la palabra de amor y de piedad que reconcilie las clases, hoy armadas una contra otra?»

Presiento que la mujer logrará ocupar el puesto que el hombre le estuvo preparando en el transcurso de los siglos, destruyendo todo el antiguo sexo femenino.

(1) Escrito expresamente para LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

No me ofende la idea de que las faldas arranquen el pan de la boca del hombre fuerte; y en cambio pienso que la mujer que ha de renunciar al sueño de ser madre, debe poder ganarse la vida honradamente, y pienso también que marido y mujer, con la diversidad de sus industrias, puedan proveer a las necesidades de sus hijos, formando así un hogar alegre e iluminado por el amor.

Tampoco temo que se pierda la casta de la buena ama de casa, ocupada solamente en las alegrías y en los dolores domésticos. Y este temor bien pudiera asaltarme al pensar en las pobres muchachas a quienes el telar u otra máquina substraen a la casa materna; mas no hace mucho tiempo ha nacido en Bér-gamo una idea pequeña pero encantadoramente maravillosa, gracias a la cual se han creado *escuelas de educación doméstica* que prometen a los hogares la sobriedad alegre, casi un desahogo contento. La idea, pequeña en un principio y hoy ya grande, ha echado raíces en aquellos lugares en donde se desconoce el ocio y desde allí se difundirá por las regiones limítrofes, luego se extenderá por Italia y acabará por invadir el mundo entero. ¡Honor a los hombres que la concibieron y la pusieron en práctica con la piedad que es lo mejor del amor!

Y no temo que cuando hayamos elevado a la mujer a nuestro nivel se anegue todo el ideal del amor puro, del amor santo; y no temo esto, porque en la inmensa variedad de miserias que componen la vida social, quedarán siempre intactas todas las virtudes peregrinas. Lo único que no habrá serán víctimas compradas por un pedazo de pan.

Quedamos, pues, gentiles damas, en que tenemos que restituirlos mucho. Os hemos dado ya la escuela, la cátedra y algunas profesiones legales y poco a poco os devolveremos, una por una, todas las cosas que hemos reservado para nosotros, haciendo de ellas un odioso privilegio. Os haremos defensoras, no simplemente abogadas, pero defensoras en serio; os haremos recaudadoras de impuestos, y será casi un placer para nosotros el pagar en vuestras manos; os daremos el voto administrativo y el voto político y finalmente seréis vosotras nuestras diputadas, nuestras senadoras, nuestras ministras. Muchas de vosotras estaréis contentas; otras no lo estarán, porque entonces, quizás menos que antes..., nosotros no podremos devolver a todas lo que nos dais en abundancia, es decir, el amor del que únicamente se deriva la felicidad.

Acaso muchos de nosotros, descendidos de nuestro trono, amaremos menos que hoy a las mujeres que, renunciando a ser nuestras reinas, querrán ser nuestras diputadas, y amaremos más a la mujercita modesta, contenta con nuestro amor.

Pero mientras dure vuestra esclavitud, bondadosas lectoras mías, consolaos pensando que, aunque víctimas en apariencia, sois nuestras soberanas. Todo cuanto bueno o malo intentamos en el mundo, está inspirado por vosotras; cuando cantamos el grandioso poema o la pequeña estrofa, cuando realizamos una obra benéfica, cuando hacemos la guerra y hasta la revolución, es por vosotras. Cuando nos elevamos por encima del vulgo, sea del modo que sea, os parecerá que nos elevamos para que nos miren; y, sin embargo, no es así; nos elevamos para mirar la carita suave que nos inspira, el santo amor que nos conforta.

Si quisiese decir lo que pienso acerca de la mujer, escribiría un libro muy grande y ni aun así lo diría todo.

Por esto nada digo de la mujer sublime en la modesta sencillez, apta para el sacrificio, fuerte en su entusiasmo por el bien; nada digo de la mujer que trabaja en silencio sin jamás perorar en los comicios. Esta mujer, no ebria de palabras... *espumosas*, sino movida por una piedad infinita, preparó las banderas para nuestras batallas, y puesto que en todas las batallas hay fatalmente un vencedor y un vencido, ella, el buen ángel de la humanidad, fué la que confeccionó las vendas y se mostró amorosa con el caído, aunque el caído fuera el enemigo.

Yo sé un caso de uno de estos desgraciados. Perdida la salud, muertos los seres queridos, mutilado de un brazo, separado de la patria, no deseó más que la muerte; no obstante, en el hospital recobró la esperanza, que es la salud del alma y sonrióle el amor a la cabecera de su lecho, en los labios de una gentil enemiga.

Y no hablo de la mujer colaboradora del hombre en las empresas políticas o administrativas; de la mujer que va en busca del dolor y lo designa al hombre de la ley para que lo remedie, si sabe y puede hacerlo. Y otras muchas cosas más me callo.

Pero no quiero pasar en silencio una.

Algunas veces un dolor es bien conocido y no está pronto el remedio; entonces, el hombre fuerte se ve obligado a cerrar los ojos para no verlo o, si lo ve, se encoge de hombros y se dice a sí mismo, lamentándolo mucho, que es muy doloroso no poder curar todas las penas. Y no le tientan las empresas de los *Quijotes* porque sabe el ridículo que se deriva de combatir contra los molinos de viento.

En cambio, su compañera, no opina como él; sino que se irá por los caminos señalados por su piedad, pedirá un óbolo a todos, se hará molesta a muchas buenas personas, trabajadoras u holgazanas, y en lo que menos pensará será en el ridículo que tanto miedo inspira al hombre fuerte. Y merced a su labor asidua, acaso surgirá un monumento hecho con brizas penosamente recogidas, para aliviar la miseria moral que antes nos ofendía; y ese monumento, nacido con desprecio del ridículo, durará eternamente, porque... lo que ha sabido vencer al ridículo es capaz de desafiar y vencer al tiempo.

Muchos me habréis seguido hasta aquí con la esperanza de que os dijese una palabra que, poco o mucho, está en el corazón de todos y que yo, en verdad, siento como otro cualquiera.

La diré lisa y llanamente.

Ahora que tanto se habla de la cuestión social, importa ver si al lado de los trabajadores del taller y del campo, al lado de la equitativa distribución de la riqueza y de la abolición de todos los privilegios, no hay un problema más urgente, más elevado, o por lo menos tan urgente y tan elevado como los demás: el problema del derecho de la mujer. Seguramente existe y se impone y hace tiempo que yo lo tengo en mi corazón.

Nosotros, los hombres, que nos hemos hecho las leyes y las estamos violando y rehaciendo, reconocamos finalmente que hacer la ley no ha significado hasta ahora señalar límites a la justicia, a la equidad, al derecho natural. Hemos creído, por falsa retórica o, mejor, por egoísmo prepotente, que poner a la mujer al mismo nivel que el hombre era una injusticia al buen sentido. Hemos interrogado a todas las autoridades del humano pensamiento y cuando alguna de ellas nos ha contestado que la mujer es el demonio, la peste negra, la suma de los siete pecados capitales, la condenación eterna, casi la hemos creído, o a lo menos hemos hecho la ley como si la hubiésemos creído.

Pero el sabio legislador es siempre prudente y hace preceder o seguir a sus leyes del comentario como para demostrar que la desigualdad entre el hombre y la mujer, en nuestra legislación y en las de otros países, no significa sino el respeto a la mujer, la tutela..., que es también una forma del amor masculino.

¿Y acaso no se ha creído alguna vez que la mujer no tenía otra cosa que hacer que escoger el segundo tutor, es decir, el marido? Pero si en los bellos tiempos patriarcales toda aquella abundancia de maridos era un sueño ingenuo, hoy se ha convertido en una broma despiadada. Muchas jóvenes, si son ricas, ante todo, y mejor si además son guapas, pueden elegir con cierto desahogo, sin impaciencia; pero si no tienen dote ni belleza, la cosa ya no es tan fácil. En tal caso, escoger marido es una burla; atrapar como se pueda es una empresa difícil. Las escalas en el piano ya no conducen a nada, porque se han fabricado demasiados instrumentos de éstos y las pianistas forman ya legión. Y, sin embargo, es preciso que la joven se ingenie, porque mañana perderá la tutela del padre querido y conviene que encuentre otra. Finalmente la ha encontrado. ¡Sea loado el Señor!

Mas no por esto la mujer es igual al marido. El matrimonio, tal como está regulado en nuestras leyes, consiente muchas injusticias que será preciso hacer desaparecer. Por no citar más que una, ¿creéis en serio (a mis hermanos me dirijo) en esa broma que en nuestro país y en otros se llama autoridad marital? ¿Por qué si la mujer llegada a la mayor edad puede disponer de su patrimonio, necesitará, apenas se deje coger en la trampa de las justas nupcias, del consentimiento del marido para disponer de unas pocas pesetas? ¿Y será necesario este consentimiento a la mujer aunque ésta haya escrito *Corina* o *La cabaña de Tom*, aunque se llame Elliot o Sand, aunque su esposo sea un perfecto imbécil?

En nuestros códigos, encontramos tantas desigualdades de éstas entre hombre y mujer, que repugnan al sentido moral! Y si en vez de hurnear en el código echamos una ojeada en la máquina social, casi sentiremos ira al ver cuán injusto ha sido el maquinista.

SALVADOR FARINA.

LA ALEGRÍA QUE PASA..., POR B. MORALES SAN MARTÍN, dibujo de Carreres



I

Una vez por semana llama a mi puerta un pobre viejo, limpio y aseado a pesar de su extrema pobreza, y más contento y alegre que «una conciencia nueva».

El hombre parece tener empeño en demostrar que es tan aseado y pulcro por fuera como «por dentro»..., y aquella su alegría sana, aquel su pedir risueño y jovial y la resignación, humorística casi, con que se va con su música a otra puerta cuando le niegan un pedazo de pan o la limosna de una palabra de cristiano consuelo, traen a mi memoria a esos seres ahitos de riquezas, muertas en sus manos, y a esos otros gastados por los placeres y el vicio, para quienes ninguna hembra es honrada y ningún amigo sincero...; seres a quien el oro y la molición tornaron escépticos y pesimistas y creen que el mundo anda mal y la creación debía ser de otro modo; ellos no saben cómo, pero sí que no debe ser como es.

Estos enfermos de la voluntad y del corazón debían de ver y de oír al pobre viejo de mi historia, con sus setenta y pico de inviernos a cuestas, más alegre que unas Pascuas, más sano que una camuesa y conformadísimo con ser pobre, viejo y desdichado.

Parecerá mentira o sueño de la fantasía este «caso» a aquellos hombres que agotados todos los placeres, buscan «una sensación nueva» sin encontrarla jamás. Si son hombres de corazón, acérquense: aquí la tienen; aquí, junto a ese pobre viejecillo la encontrarán. Oigan y entiendan.

Tiempo atrás el viejo mendigo vino «sonando» una flauta vieja y rota que «no sonaba». Por más resoplidos que le daba al instrumento, llamémosle así, éste se negaba a entonar ni una mala queja... ¡Como que era más vieja y rota que la flauta del dios Pan! Pero ¿qué hace el hombre? Se encara con mis chicos y les dice:

— ¿Que no suena? ¡Ahora oiréis canela fina!

Y aplicando los labios al desportillado agujero de la flauta muda, púsose a silbar el himno de Riego, la Marcha Real, la jota y la tarantela... sucesivamente. ¡Y, oh feliz correspondencia del tiempo y del espacio, de las partes con el todo, de lo que fué y será, del organismo caduco con el alma eternamente joven, que denominaron los griegos la sublime EURITMIA!.. ¡Te habías refugiado en aquel ser miserable, más rico y feliz que todos los potentados de la tierra! La chiquillería estaba encantada oyendo sonar la flauta mágica, «que no sonaba», y celebraba el milagro con risas y aplausos...

Otro día pasó sonando, «rascando» es más propio, un rallo nuevecito. Y al preguntarle sus pequeños «parroquianos» por la flauta que tan variado reperto-



Con una guitarra se me presentó el artista...

rio poseía, respondió con su risita de conejo viejo:

— ¡Este nuevo instrumento es la gran invención! Y es más descansado... Tocando el rallo puedo tocar y cantar a la vez... La flauta podía dañarme los pulmones...

Y entonaba sus alegres relatos que producían indescriptible algazara entre la gente menuda.

Decid si un hombre, si un «artista» de raza que a los setenta años cambia de instrumento y de repertorio... por no dañar sus pulmones, no es digno de ejemplar alabanza y de ser señalado como el arquetipo de la humanidad perfecta y equilibrada del porvenir.

Reparó un vecino aquel día que el viejo vestía de nuevo, aunque con algún que otro irreprochable remiendo en su limpia camisa, y preguntóle:

— ¿Y eso tan majo? ¿Va de novia?

Sin titubear ni inmutarse replicó:

— ¡Hombre..., es que me cuida y aseá mucho mi mujer! ¡Quiere ver la pobrecilla lo que dura un hombre... aseadito, lavado y planchado!

Con una guitarra — que Dios sabe cuántas y qué manos habían tocado, y de qué modo y cuánto tiempo ha, pues parecía imposible que tan endeble y maltrecho trasto se mantuviera sin deshacerse, en las manos del arriscado viejo, como la sal en el agua — se nos presentó el artista pocos días después.

— ¡Ay, tío Quico! ¿Que ha mudado de instrumento otra vez?, le preguntó intriguada la familia menuda.

No tardó en contestar:

— ¡Ah! Yo os diré..., yo os diré... Es que yo tengo en mi choza un rimero de instrumentos..., y los toco según las circunstancias. ¡Hay que saber vivir en el mundo!

Y se puso a acordar su guitarra sin acabar nunca.

— ¿Que no empieza?, atrevióse a preguntarle un descarado arrapiezo.

— ¿Que no os ha gustado? Pues ahora os tocaré una romanza entreverada de mazurca..., que tiene que oír.

Y aun está templando el hombre...

La última vez que le vi fué en circunstancia y lugar que no olvidaré jamás

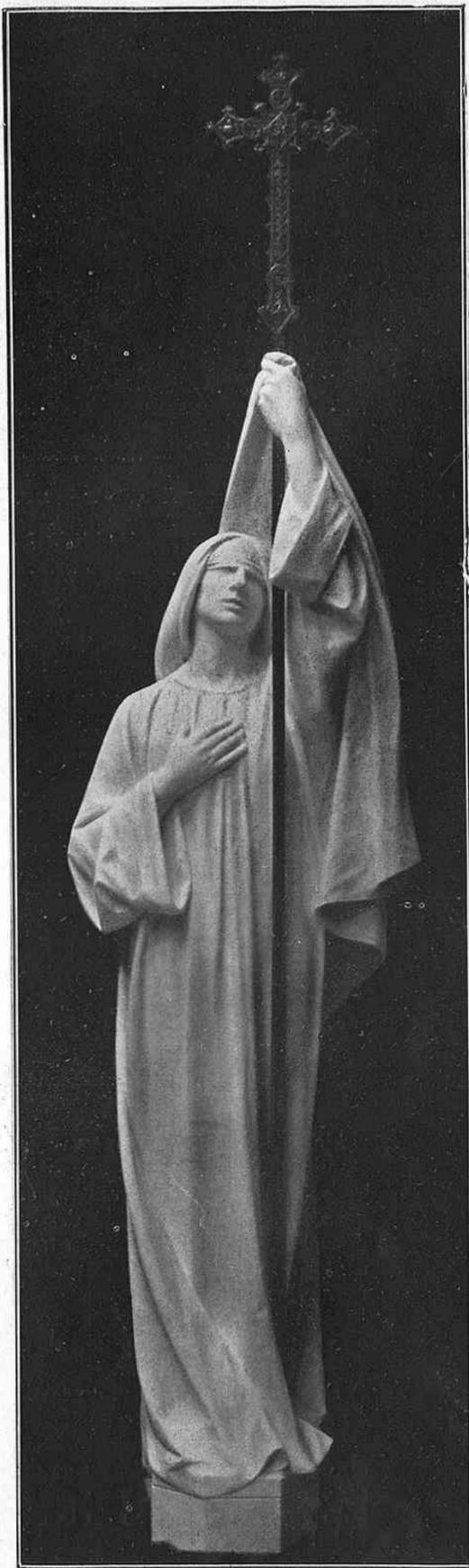
Sali al campo con mis hijos. Bajamos las suaves colinas que visten deliciosas pinadas de un manto verde, y nos perdimos por las hermosas huertas levantinas. Antes de llegar a uno de los cien pueblecillos de nuestra vega, nos detuvimos delante del cementerio: cuatro pequeñas tapias blanqueadas, una puerta desvencijada y sobre ella una cruz. Bajo de ésta, una inscripción en verso nos dijo que cierto modernismo poético es tan viejo como

— ¡Oy, si parece un jardín! ¡Cuánta flor..., qué bien trabajada tienen la tierra y qué aseado está! ¡Da alegría verlo! ¡Nuestros labradores sirven para

le arrojaron un día al camino de la vida diciéndole: «¡Aun estás fuerte! ¡Todavía puedes ganarte el pan!» ¡Pobre «tío Alegría»! ¡Tan bueno, que ni en sueños dejó escapar nunca una queja contra su despiadada mujer y sus hijos ingratos!

Y ya no le vi más...

Llegó el frío invierno con su cruel cortejo de nieves, cierzo y escarchas. No conocimos en



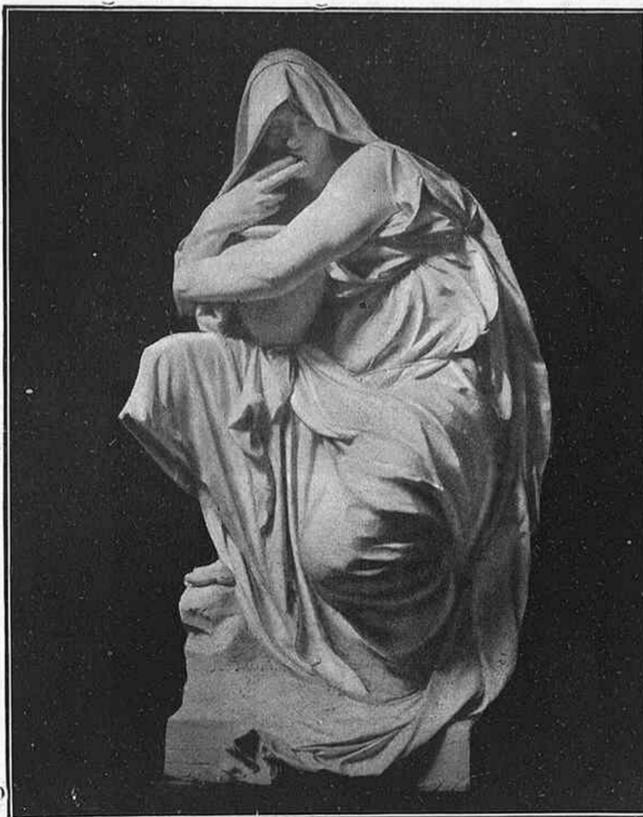
**La Fe**, estatua de Enrique Clarasó destinada a la capilla de los Mártires de la catedral de Barcelona

todos los malos poetas que en el mundo han sido. Uno de mis chicos copiaba los trágicos versos del poeta llorón e incógnito. Yo dictaba.

De súbito, un rasgueo de guitarra característico, conocido, nos distrajo de nuestras investigaciones del «folk-lore» de ultratumba y volvimos la cabeza. Por el caminejo del pueblo venía el tío Quico rasgueando su «salterio» y más alegre que unas castañuelas. Nos saludó; charlamos un momento con nuestro antiguo conocido y antes de separarnos nos preguntó:

— ¿Y esto es el cementerio? ¿Que están dibujándolo? ¡Oy, pues es bonito!

Y sin dejar de arañar con sus dedos sarmentosos las cuerdas de su guitarra, más vieja y maltrecha que él, exclamó, asomándose a dos ventanillos abiertos en la puerta, bajo los trágicos versos, y mirando adentro de la tranquila mansión:



**El silencio del sepulcro**, escultura de J. Dillens

todo! ¡Parece un jardín..., parece un jardín! Vaya, adiós...

Y desapareció camino abajo, a cuestras con su guitarra, que aun pesando bien poco..., le pesaba menos que la vida y los años a aquel ser superior, excepcional y extraordinario que va pidiendo limosna por el mundo y cuya alma merecía ser retratada por velazqueño pincel o pluma cervantina...

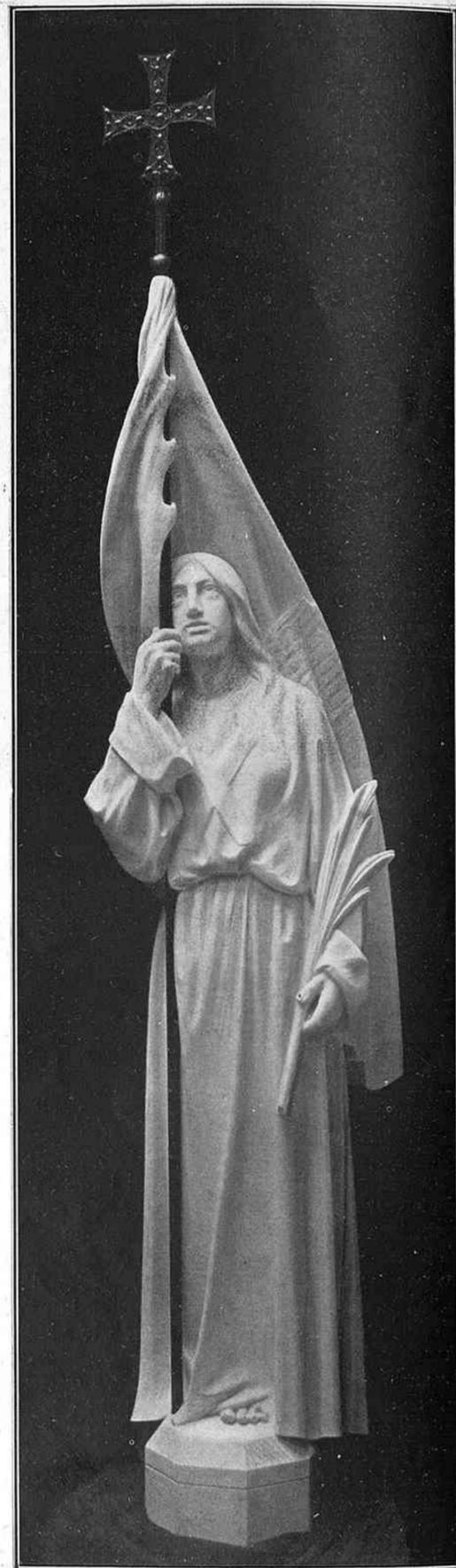
Por artes de la divina Casualidad he sabido la historia verídica del pobre tío Quico, del «tío Alegría», como le llaman mis hijos y cuantos le conocen...

Y los manes del padre Shakespeare no dieron jamás a su predilecto poeta inspiraciones tan trágicas, tan sublimemente trágicas, como las realidades que cercaron, persiguieron y mordieron como manada de rabiosos canes al «tío Alegría». ¡Oh! Él vió sus riquezas aventadas a los cuatro vientos por las pródigas manos de sus hijos y las crueldades y la ingratitud de ellos superaron a las que Gonerila y Rega-



**Niño rebelde**, escultura de Cristián Plattner

nia tuvieron con el infortunado rey Lear. Este fue más dichoso que el «tío Alegría», porque el pobre rey Lear levantino no tuvo nunca junto a su corazón ninguna Cordelia... ¿Recordáis a lady Macbeth, la cruel, altiva, ambiciosa y sanguinaria mujer? La mujer del «tío Alegría» podría eclipsarla, tan sólo exhumando la historia enterrada en el corazón del pobre viejo... Fueron sus únicos y más grandes amores su mujer y sus hijos..., y ellos le burlaron y escarnecieron, rasgando con torpe mano su corazón, robándole su honor y sus riquezas; y cuando ya no era posible despojarle de más bienes del alma y terrenales,



**La Caridad**, estatua de Enrique Clarasó destinada a la capilla de los Mártires en la catedral de Barcelona

mucho tiempo un invierno tan crudo como aquél. ¿Qué se hizo durante él el pobre tío Quico, aquel bienaventurado viejecillo tan contento con su suerte mísera? ¿Acaso el fantasma trágico que evocaban los versos del cementerio levantino segó con su enorme guadaña el cuello del pobre viejo, clavando sus garras descarnadas en sus pulmones, en su corazón, y el tío Quico dormirá ya el sueño eterno en aquel cementerio cuajado de flores, como un jardín?

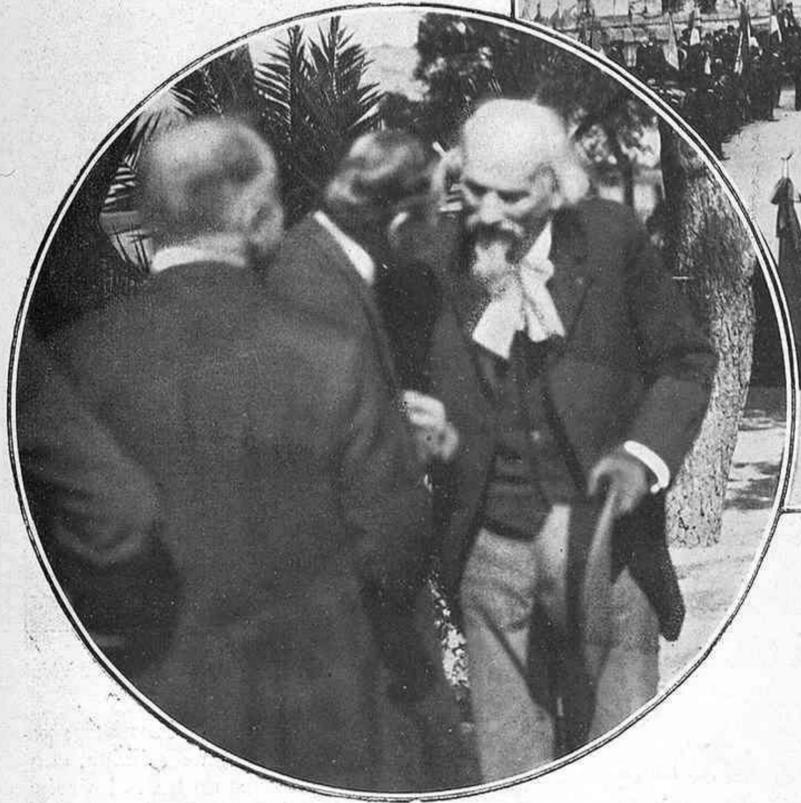
No quiero creerlo. Quiero creer que el tío Quico, «el tío Alegría», como le llamaban mis hijos, no ha muerto porque es inmortal..., y va por ahí, por el mundo, para ejemplo de cínicos, escépticos, ladrones y mujeres sin honor, paseando su pobreza, la tragedia de su vida y la sublime y equilibrada alegría de su alma por el mundo, rasgueando su vieja guitarra, inmortal como él. Si le veis alguna vez, hincad la rodilla: ¡ES LA ALEGRÍA QUE PASA!

EL PRESIDENTE

DE LA REPÚBLICA FRANCESA EN PROVENZA

Desde Marsella, en donde desembarcó a su regreso de España, el Sr. Poincaré visitó varias ciudades de Provenza, su país natal, comenzando su visita por Arlés, en cuyas Arenas una multitud inmensa le tributó una ovación calurosísima. Allí el Presidente pronunció un hermoso discurso, ensalzando las gloriosas tradiciones de aquella región y el espíritu laborioso de sus habitantes.

Desde Arlés trasladóse a Maillane, la residencia de Mistral. El ilustre poeta, que le esperaba en la puerta de su quinta, adelantóse a recibirle y le condujo al salón de su casa, en donde estaba su esposa y en donde, profundamente



El Presidente de la República Francesa saludando al ilustre poeta Mistral en la quinta de éste, en Maillane

emocionado, expresóle cuánto agradecía su visita, que estimaba no como un honor dispensado a él personalmente, sino como un testimonio de sus simpatías de patriota por «ese regionalismo en el cual nuestra Francia, tengo en ello una fe absoluta, encontrará su rejuvenecimiento». «La provincia, añadió, con su nombre y su delimitación de origen inmemorial; la provincia, con su historia escrita en sus monumentos, su clima, sus paisajes con los que sus habitantes se han identificado, demuestra claramente que no quiere morir. ¡Y no morirá esta madre de los campesinos y de los soldados de Francia!». «Señor Presidente, gracias os sean dadas por la significación que tiene vuestro viaje al corazón de nuestras provincias, tan desdeñadas desde hace algunos siglos; y que vuestra excursión por Francia, tan justamente aplaudida y aclamada, sea una reconfortación para su reviviscencia.»

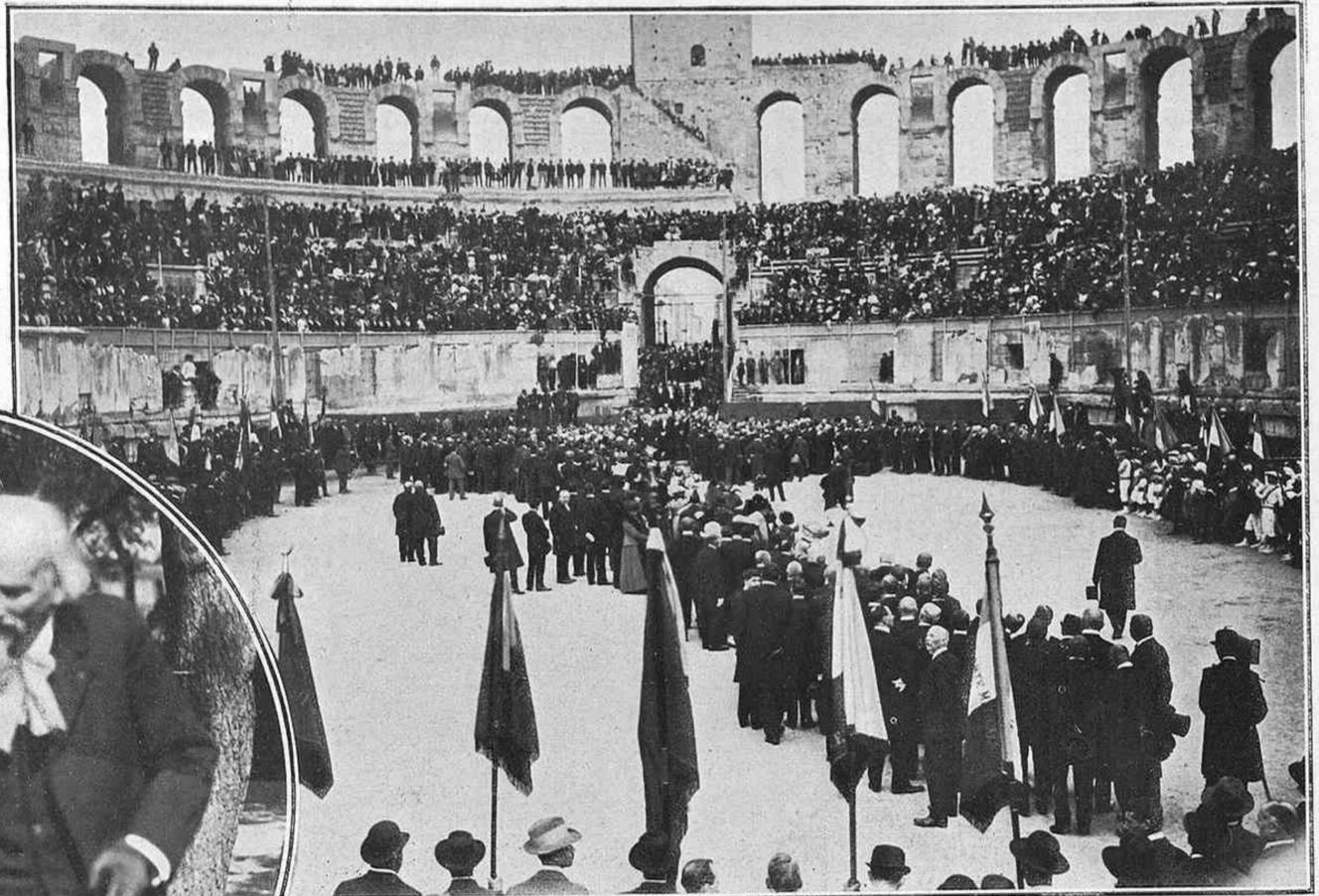
El Sr. Poincaré, muy emocionado también, contestó con el siguiente sentidísimo discurso:

«Querido e ilustre maestro. A vos, que habéis erigido en honor de una tierra francesa monumentos impercederos; a vos, que habéis iluminado con vuestro sol nuestras imaginaciones ensombrecidas; a vos, que habéis realizado el prestigio de

medio siglo saludaba ya Lamartine como un nuevo Homero y cuyo primer libro le llevaba, decía él, en su retiro melancólico, una gota de rocío, un hálito de la montaña. un rayo de luz; a vos, que habéis vivido rodeado de la admiración universal y que habéis permanecido fiel a vuestro querido *mas* de Maillane; a vos, cuyas poesías divinas se transmitirán, al través de las edades, las generaciones futuras, como flores que jamás han de marchitarse; a vos, maestro augusto, os traigo hoy el testimonio de gratitud de la República y de la patria grande.»

Al terminar este discurso, abrazáronse conmovidos el poeta y el presidente. Luego visitaron la casa y el jardín, partiendo después para Gravesón, en donde almorzaron juntos.

Concluido el almuerzo, Mistral regresó a Maillane, el Sr. Poincaré continuó su viaje a Avignon, a Orange, desde donde fué a Serignán a saludar al célebre entomólogo Favre,



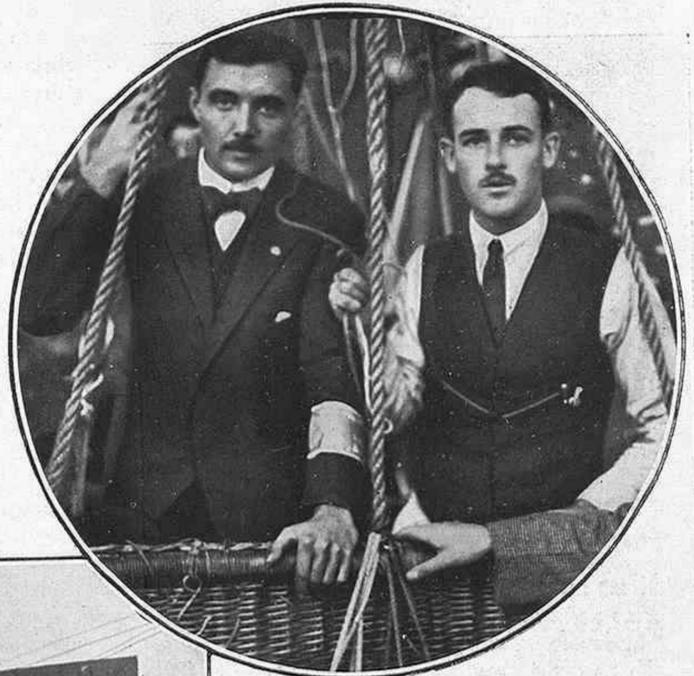
El Presidente de la República Francesa pronunciando un discurso en las Arenas de Arlés. (De fotografías de Branger.)

una lengua y de una literatura, de las que nuestra historia nacional puede enorgullecerse; a vos, que habéis levantado en vuestros recuerdos las figuras inmortales de Vicente y de Mireille, de Calendal y de Esterelle; a vos, que habéis cantado en estancias inolvidables las *mananarelles* y los *gardians*; a vos, el noble poeta del Ródano y de las Islas de Oro; a vos que, glorificando a Provenza, habéis tejido a la misma Francia una verde corona de olivo; a vos, a quén hace más de

y a Montelimar, en donde visitó a su antecesor en la Presidencia de la República Emilio Loubet.

EL CORREO AÉREO EN FRANCIA

Por iniciativa del ministro de Comercio Sr. Massé y a fin de que hasta última hora pueda la correspondencia destinada a las Antillas alcanzar los vapores correos, se ha ensayado el transporte aéreo. La primera prueba efectuóse el día 15 de este

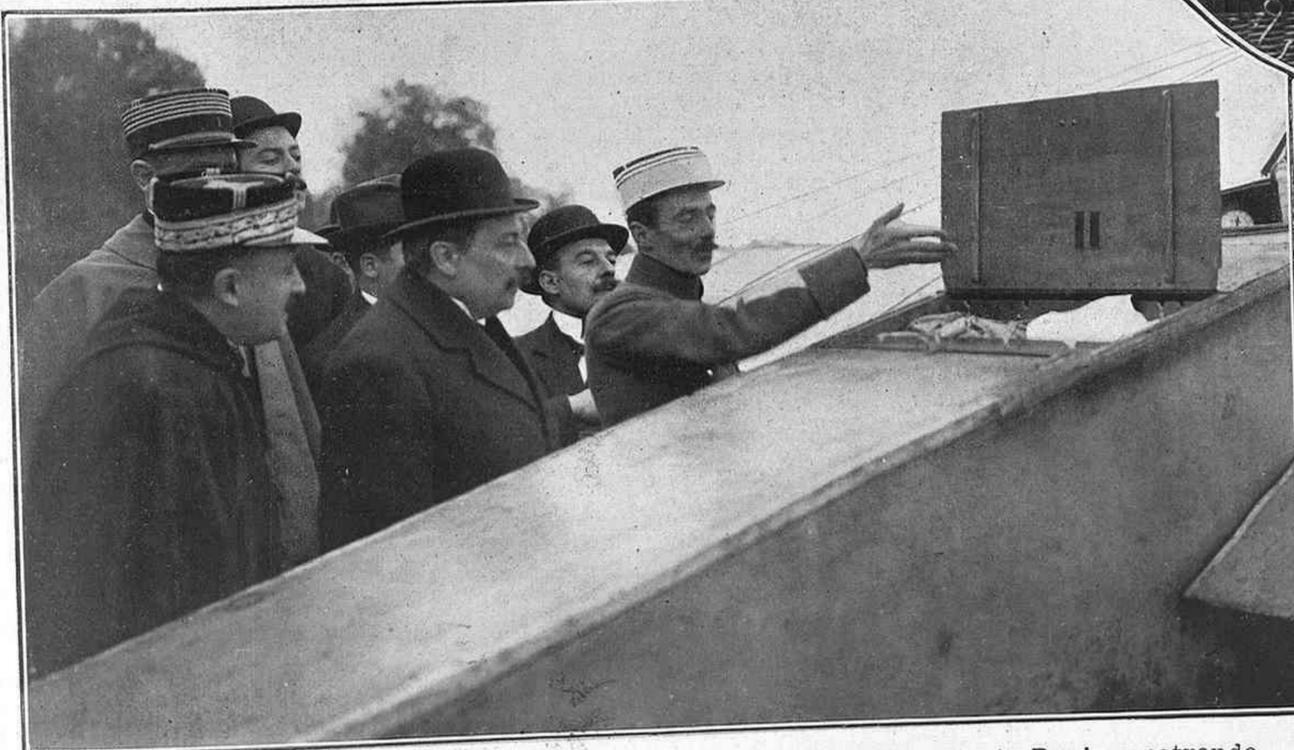


El aeronauta norteamericano R. Upson y su mecánico Preston, ganadores de la copa Gordón-Bennet de los esféricos. (De fotografía de M. Rol.)

mes, habiendo salido el teniente Ronin del aeródromo de Villacoublay a las siete de la mañana con 10 kilogramos de correspondencia; a las dos y quince llegó a Saint-Julien y desde allí llevó su correo a Pauillac, de donde pocos minutos después partía el vapor *Perou* llevando aquellas cartas que, de otro modo, habrían tenido que esperar quince días la salida del otro coneo.

EL GANADOR DE LA COPA GORDÓN BENNET

Como dijimos en nuestro último número, ha resultado ganador de la copa Gordón-Bennet de los esféricos el norteamericano Ralph Upson, que tripulaba el globo *Good-Year*. Este, al salir de las Tullerías, dirigióse al centro de Francia, pero a media noche tomó la dirección del mar, hacia el Norte, y al fin, a las 10 de la noche del 13, descendió cerca de Bridlington, habiendo recorrido unos 640 kilómetros.



Villacoublay. Primera prueba de aviación postal en Francia. - El teniente Ronin mostrando al ministro de Comercio Sr. Massé la caja destinada a conducir la correspondencia. (Fotografía Branger.)

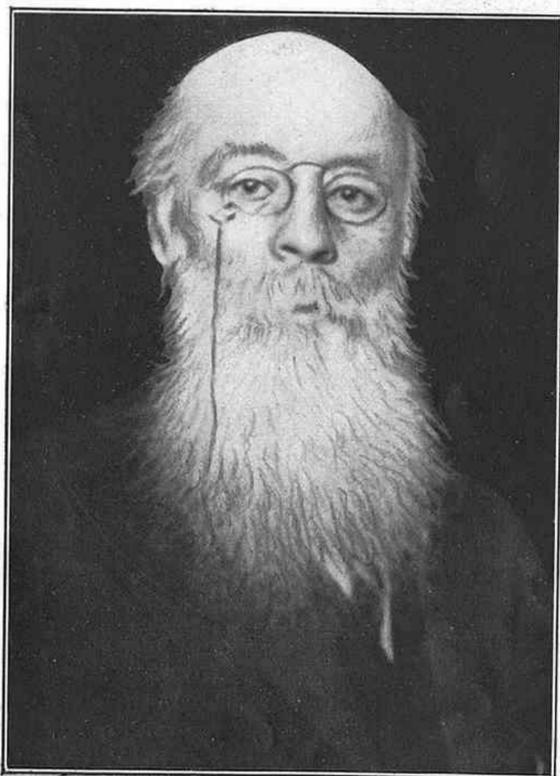


Granada. — La Torre de la Vela

LOS DELEGADOS DE LAS CÁMARAS  
DE COMERCIO FRANCESAS EN ANDALUCÍA

Los delegados de las Cámaras de Comercio y de otras entidades económicas francesas que fueron a Madrid con ocasión del viaje del Presidente de la República Sr. Poincaré, efectuaron una excursión a Andalucía, recorriendo Granada, Sevilla y Córdoba.

En Granada visitaron la Cartuja, el Monasterio y otros monumentos y dedicaron toda una mañana a la Alhambra, cuyas maravillas admiraron.



El ilustre repúblico y director de la Real Academia Española Excmo. Sr. D. Alejandro Pidal y Mon, fallecido en Madrid el 19 del actual. (De fotografía de Vidal.)

En Sevilla estuvieron en la Casa de Pilatos, en el Museo de Pinturas, en el Museo Arqueológico, en el Hospital de Mañara, en la Fábrica de Tabacos, en la Corta de Tablada, en el Ayuntamiento, en la Escuela Francesa, en la Catedral y en el Alcázar; asistieron a una función de gala en el teatro Cervantes y efectuaron una excursión por el Guadalquivir.

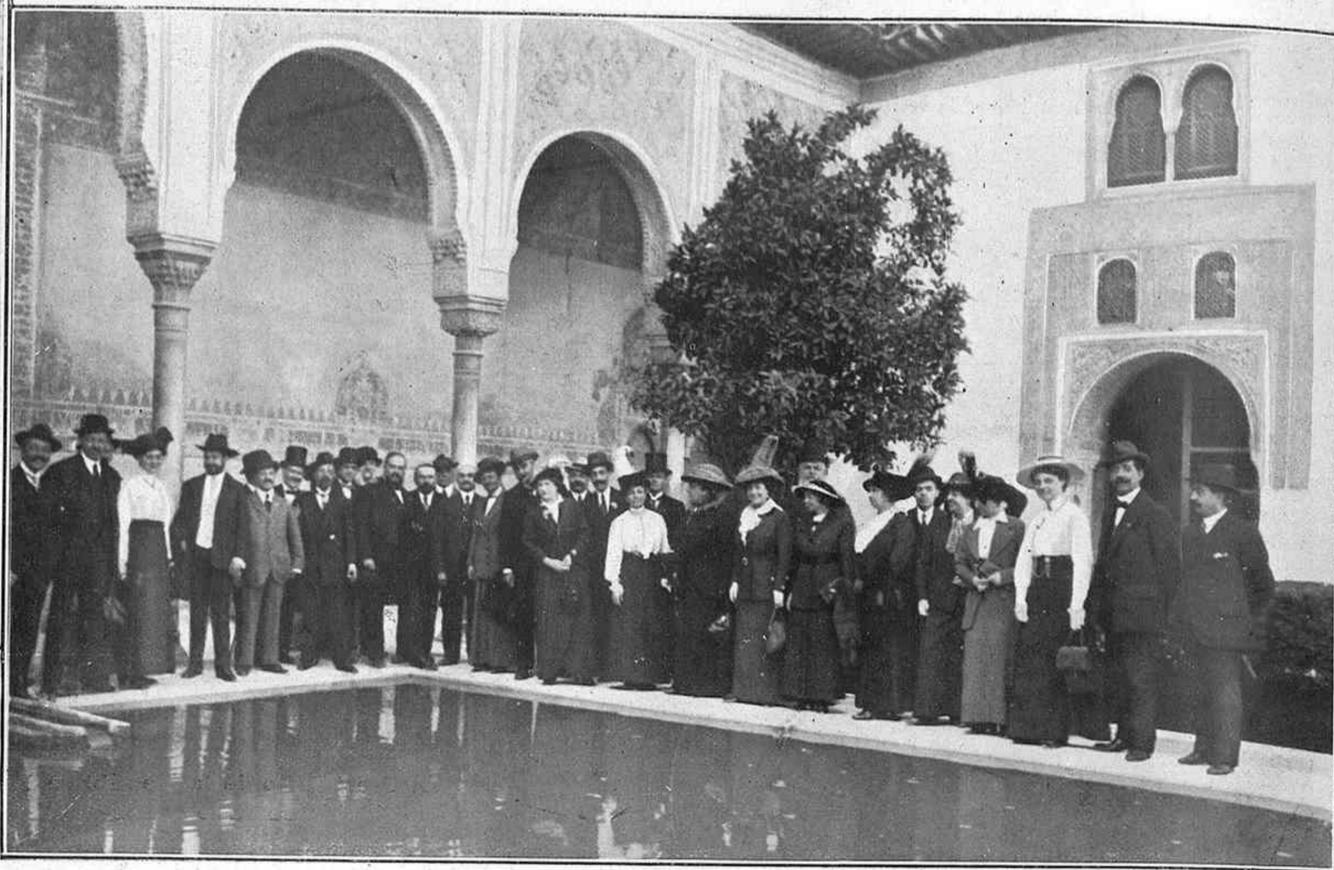
**La Sal Natural de Sprudel**  
de  
**Carlsbad**  
es la única legítima Sal de

En Córdoba visitaron la Catedral, la Mezquita y la Huerta de los Arcos y realizaron una excursión a Sierra Nevada.

En todas partes los delegados franceses han sido cordialmente recibidos y espléndidamente agasajados.

el cargo de Rector de esta Universidad, son el mejor elogio que puede hacerse así de la personalidad del designado como del acierto del gobierno al elegirle para ocupar un puesto tan eminente.

Nació el Dr. Carulla en Sarriá en 1864 y a los



Los delegados de las Cámaras de Comercio francesas en el palacio de la Alhambra. (Fotografías de Vidal.)

#### D. ALEJANDRO PIDAL Y MON

Con D. Alejandro Pidal y Mon desaparece una de las figuras más eminentes de la política y de la intelectualidad españolas contemporáneas. Orador grandilocuente, juriconsulto insigne, escritor de altos vuelos, filósofo profundo, financiero competéntísimo y político de patriotismo acendrado y de arraigadas convicciones, su personalidad se ha destacado con gran relieve en las más variadas ramas del saber humano, y su nombre ha sido siempre y por todo el mundo pronunciado con admiración y respeto.

El Sr. Pidal nació en Madrid en 1846, cursó brillantemente en aquella Universidad la carrera de Derecho y apenas concluída su carrera de abogado, comenzó a distinguirse en ateneos y academias por su despierta inteligencia y por su fácil y elocuente palabra.

Sus aficiones le llevaron a cultivar la literatura y la filosofía. Discípulo del padre Ceferino González, fué uno de los más esforzados adalides de la filosofía tomista y su libro *Santo Tomás de Aquino* fué considerado como una obra maestra de dialéctica moral y religiosa y le valió la admiración de los tomistas de todo el mundo.

Diputado por primera vez en 1872, hizo fogosas campañas contra la obra de los revolucionarios; y vencida la revolución y entronizado D. Alfonso XII, presentóse en el Parlamento como fundador de la Unión Católica, y con este carácter ingresó en el partido conservador, siendo nombrado en 1884 ministro de Fomento en el gabinete Cánovas.

En 1891 fué elegido presidente del Congreso de los Diputados, cargo que volvió a desempeñar en 1896 y 1899 y en el que se conquistó la consideración, el respeto y las simpatías de todos.

Entre otros elevados cargos, desempeñó también la embajada de España cerca de la Santa Sede, desde noviembre de 1900 a marzo de 1902.

Además del libro antes citado publicó *El triunfo de los Jesuitas*, *Sistemas filosóficos*, *Balmes y Donoso Cortés*, *La orden de Santo Domingo* y gran número de admirables discursos sobre cuestiones filosóficas, literarias, religiosas y sociales.

Era académico de la Española desde 1883 y director de la misma desde 1906; de la de Ciencias Morales y Políticas y de la Historia, y figuraba en otras muchas corporaciones científicas y literarias. Poseía el collar de la insigne Orden del Toisón de Oro y otras valiosas condecoraciones.

¡Descanse en paz!

#### DR. D. VALENTÍN CARULLA

El aplauso y la satisfacción unánimes con que ha sido acogido el nombramiento del Dr. Carulla para

diez y siete años era licenciado en Farmacia; poco después licencióse y doctoróse en Medicina, con la nota de sobresaliente y premios en todas las asignaturas, mereciendo ser inscripto en el Libro de Honor de la Universidad. En 1904 ganó, después de brillantes oposiciones, la cátedra de Terapéutica de la Universidad de Sevilla, y a los tres meses, por concurso de traslado, pasó a desempeñar la misma cátedra en la de Barcelona.

Es académico numerario de la Real de Medicina, vocal de la Junta provincial de Instrucción Pública, vicepresidente de la Junta administrativa del Hospital Clínico, miembro del Comité internacional de



El Dr. D. Valentín Carulla y Margenat, catedrático de Terapéutica de esta facultad de Medicina nombrado recientemente Rector de la Universidad de Barcelona. (De fotografía.)

los Congresos de Electrología y Radiología, miembro del Comité permanente de los Congresos de Fisioterapia, etc., etc.

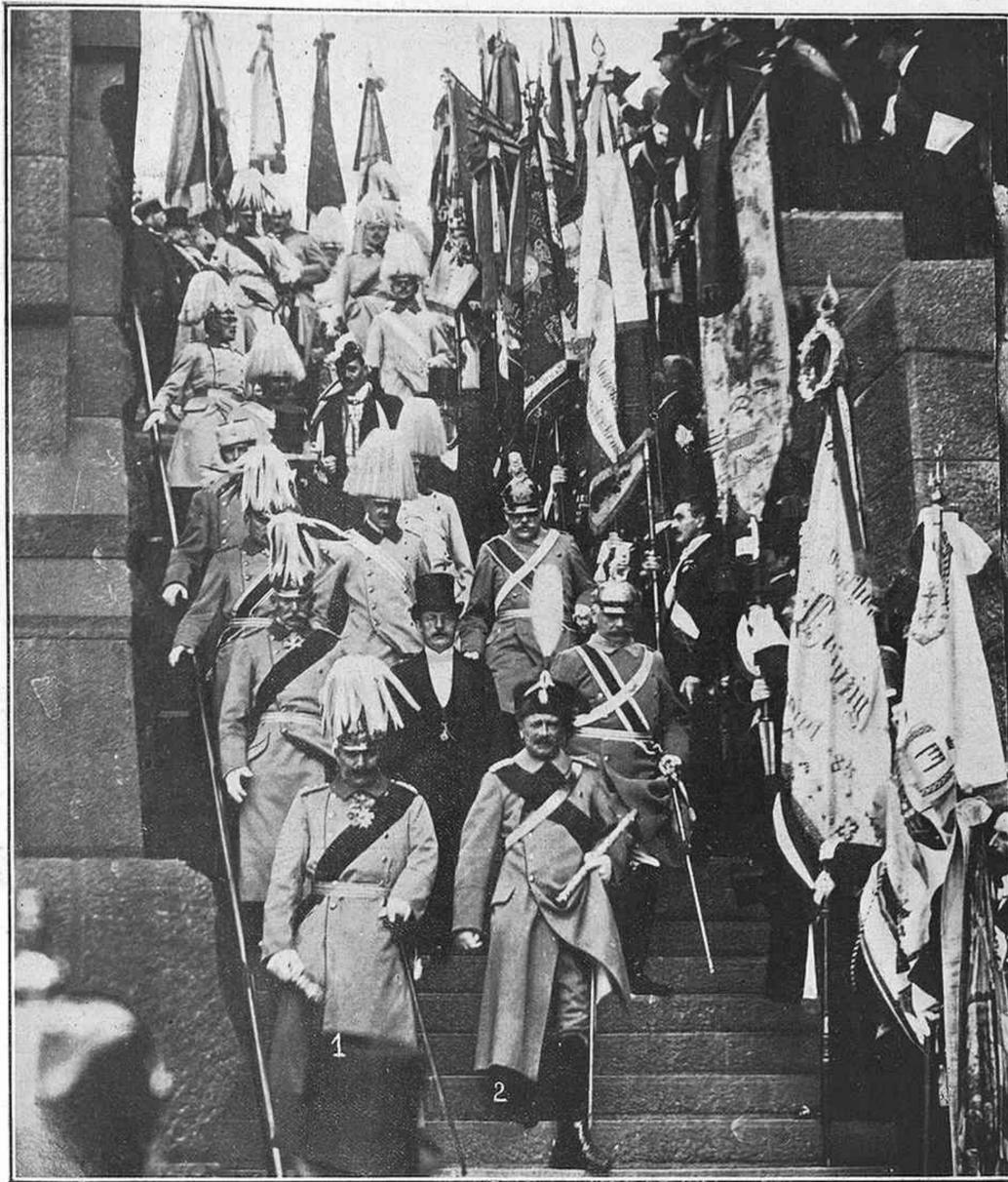
Ha escrito muchos y muy valiosos opúsculos, folletos y artículos científicos, y su labor al frente del Hospital Clínico puede citarse como modelo de dirección, pues gracias a él aquel establecimiento benéfico se ha colocado al nivel de los más importantes del extranjero.

LEIPZIG. - INAUGURACIÓN DEL MONUMENTO DE LA «BATALLA DE LAS NACIONES». (Fotografías remitidas por C. Trampus.)

Solemnísima ha sido la inauguración del monumento de la «Batalla de las Naciones» efectuada en Leipzig el 18 del actual, pues el emperador Guillermo II ha querido que revistiese gran pompa la conmemoración de un hecho que de tanta trascendencia fué para la historia de Alemania.

Asistieron al acto, además del Emperador, el rey de Sajonia, todos los príncipes confederados excepto el duque de Meiningen cuya avanzada edad le impidió tomar parte en la fiesta, y en representación de las naciones cuyos ejércitos, junto con el alemán, formaron el ejército aliado que en aquella batalla derrotó a Napoleón I, el archiduque heredero Francisco Fernando de Austria, acompañado del ministro de la Guerra, general Krobotin, y del jefe del Estado mayor general, general Hoetzendorf, el gran duque Cirilo de Rusia y el príncipe heredero Guillermo de Suecia. Asimismo concurren todos los príncipes herederos de los soberanos confederados, los burgomaestres de las tres ciudades hanseáticas, tres mil estudiantes, veintiocho mil niños de las escuelas públicas y cien mil delegados de corporaciones y sociedades de todas clases.

Comenzó el acto con un patriótico discurso del conde de Thieme, fundador y primer presidente de la Asociación de Patriotas alemanes a quien se debe la creación del monumento; después, habló el rey de Sajonia, diciendo que tomaba el monumento bajo su protección, de-



El emperador Guillermo II (1), el rey de Sajonia (2) y los príncipes confederados visitando el monumento

diendo: «¡Ojalá que más adelante explique a las generaciones futuras cómo rogamos hoy al Todopoderoso que conserve la paz a nuestros Estados que están representados aquí!»

Terminados los discursos, los soberanos y príncipes visitaron el grandioso monumento.

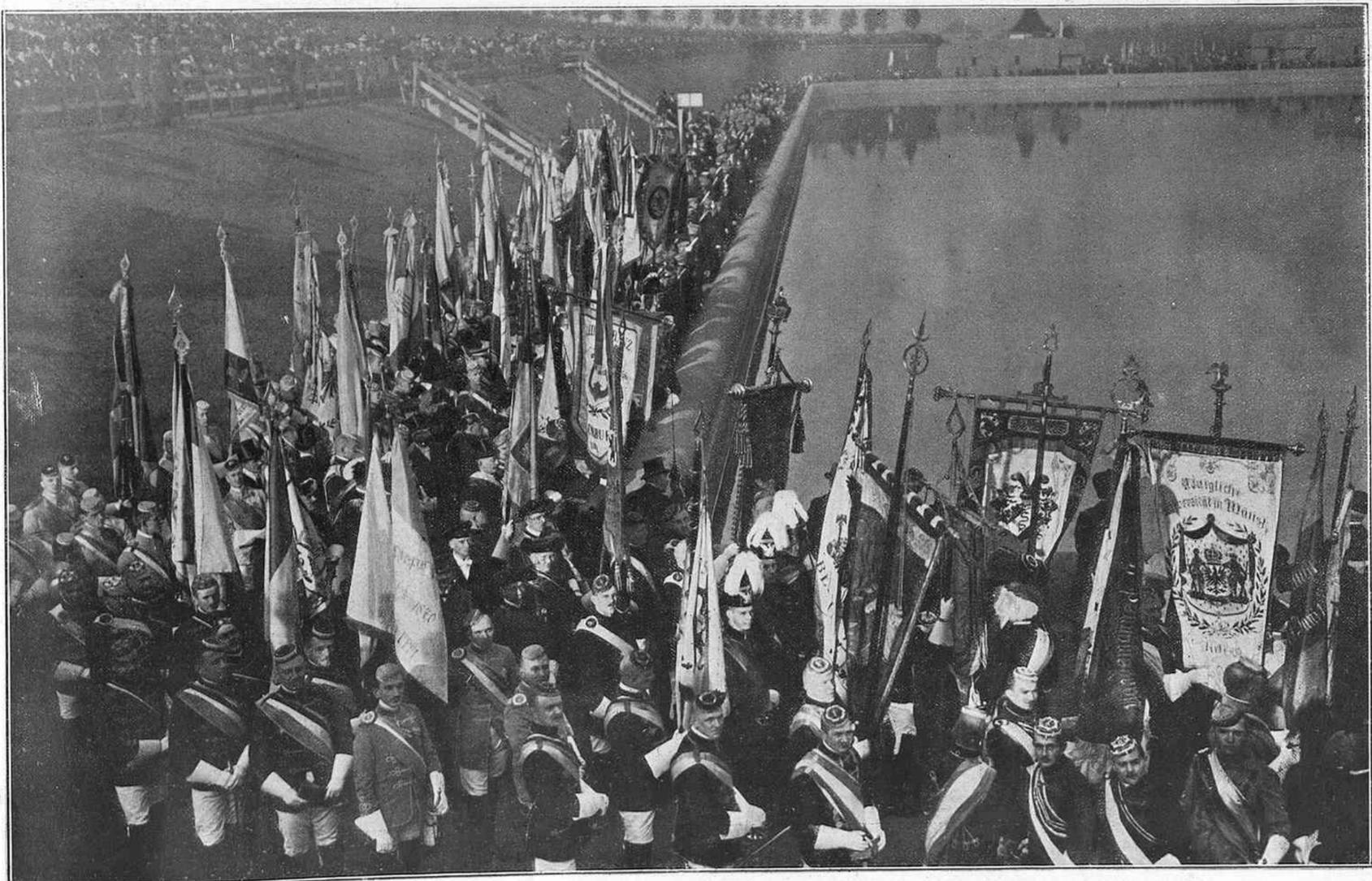
Por la noche celebróse en la gran sala de conciertos de la Gewandhaus un banquete, a cuyo final el rey de Sajonia pronunció un brindis en el que dijo, entre otras cosas: «Del recuerdo de las aflicciones pasadas y de la conciencia de lo que hoy poseemos, emana la voluntad unánime de todos los Estados confederados de Alemania, en su calidad de miembros del Imperio, de sacrificar, cuando sea necesario, su vida por la existencia y el honor de la patria alemana.»

La Batalla de las Naciones ha sido conmemorada no sólo en Leipzig, sino también en todas las ciudades alemanas.

En Berlín efectuáronse marchas de las antorchas y el día 20 celebróse un gran cortejo histórico organizado por la Unión de la Juventud alemana y en el que figuraron 25.000 personas.

En Jena, el consejo municipal celebró una sesión solemne en honor del centenario y la fracción socialista que del mismo forma parte contestó con gran entusiasmo a los vivas que el presidente dió al pueblo alemán y a la patria alemana.

Asimismo se ha festejado el centenario en Viena con grandes fiestas y una recepción militar en el palacio de Schoenbrunn. - R.



El cortejo de los estudiantes delante del monumento



**EL ENTIERRO DE JULIETA**, cuadro de Escipión Vannutelli  
existente en la Galería de Arte Moderno, de Roma. (De fotografía de Vassari, remitida por Carlos Abeniacar.)



**GUITARRISTA**, cuadro de L. M. Roth  
(Exposición Internacional de Bellas Artes de Dusseldorf, 1913.)



EL FINAL DE LA CENA, cuadro de J. Grün

## MONUMENTO AL GENIO DE GOETHE

El monumento que adjunto reproducimos se aparta por completo de lo que generalmente suelen ser los monumentos de esta índole. Dedicado no a Goethe, sino al genio del gran poe-



Monumento al genio de Goethe, obra del escultor muniquense Armando Hahn, destinada a la ciudad de Chicago. (De fotografía remitida por Carlos Trampus.)

ta, no se ve en él la efigie del inmortal autor de *Fausto*; sólo su genio portentoso hállase representado por la colosal figura de carácter eminentemente clásico, enérgica en sus líneas, armónica en sus proporciones, serena y altiva en su actitud, cual corresponde a la idea que en ella ha querido personificar el artista.

La estatua, modelada por el célebre escultor muniquense profesor Armando Hahn, ha sido fundida en bronce y está destinada a la ciudad de Chicago, que con este monumento rinde tributo de admiración a uno de los más excelsos vates de la edad moderna.



Madonna pintada por Pinturicchio, que ha sido robada de la iglesia de Spello (Perusa) y vendida por 100 mil francos en Londres, en donde la policía se ha incautado de ella. (De fotografía de Carlos Abeniacar.)

## LA MADONNA DE PINTURICCHIO

De la iglesia de Santa María la Mayor de Spello (Perusa) desapareció hace poco la hermosa *Madonna* pintada por Pinturicchio y a fin de que la desaparición no fuese notada, púsose en lugar del cuadro original una copia hábilmente hecha.

La substracción, sin embargo, ha sido descubierta y según parece, como consecuencia de ello, han sido presas varias personas, entre ellas un conocido anticuario y el pintor autor de la copia, ambos residentes en Florencia.

También parece que se ha encontrado el cuadro en Londres, en donde había sido vendido por 100.000 francos.

Bernardino Betti, llamado el *Pinturicchio*, nació en Perusa en 1554; fué discípulo de Nicolás Alunno y tuvo por condiscípulo a Perugino, de quien fué amigo y colaborador y a quien acompañó en su viaje a Roma. Allí decoró varias habitaciones del palacio de los Colonna y luego pintó, por encargo de Inocencio VIII, los frescos para tres galerías del Belvedere, que no terminó hasta después de doce años, durante el pontificado de Alejandro VI. De Roma pasó a Spello, en donde ejecutó algunas pinturas para la catedral recientemente construída y para el convento de Franciscanos. De regreso en Roma, pintó

la gloriosa campaña comenzada en el Congo en 1892 y terminada diez y ocho meses después. Gracias a los esfuerzos de Dhanis, aquel inmenso y rico Estado del centro de Africa quedó libre del inicuo comercio de esclavos que hacían los traficantes árabes y pasó a poder de Bélgica.

A la ceremonia inaugural asistieron, además del citado ministro, la viuda y los hijos del explorador, el presidente de la Cámara de Comercio y el burgomaestre de Amberes y los autores del monumento, los escultores hermanos Joris.

## MONUMENTO AL CONDE DE ROMANONES

El día 16 de este mes se inauguró el monumento que el magisterio español ha erigido al conde de Romanones como muestra de gratitud por el decreto favorable a los maestros que dió siendo ministro de Instrucción Pública.



Monumento al célebre explorador del Congo belga barón de Dhanis, que ha sido inaugurado recientemente en Amberes. (De fotografía remitida por Carlos Trampus.)

varios frescos para las iglesias de Ara-Coeli y Santa Cruz de Jerusalén y algunos años después el cardenal Piccolomini le confió la decoración de la biblioteca de la catedral de Siena, en la que representó los hechos memorables de la vida del Papa Pío II.

Pinturicchio murió en Siena en 1513.

## EL AVIADOR ALEMÁN STOEFFLER

El *record* de la distancia en aeroplano, que hasta ahora co-



El aviador alemán Víctor Stoeffler, que ha batido el *record* de la distancia, realizando en veinticuatro horas un vuelo de 2.000 kilómetros. (De fotografía remitida por Carlos Trampus.)

respondía al aviador francés Brindejone des Moulinais (1.387 kilómetros), ha sido recientemente ganado por el aviador alemán Víctor Stoeffler, quien en 24 horas, es decir, desde las doce de la noche del 20 de este mes hasta igual hora del día siguiente, ha recorrido una distancia de 2.165 kilómetros sin descansar más que dos horas en total. Las etapas del trayecto recorrido son: Johannisthal (Berlín) a Posen; Posen a Johannisthal; Johannisthal a Müllhouse; Müllhouse a Darmstadt; Darmstadt a Müllhouse y Müllhouse a Johannisthal.

Este memorable *vaid* ha valido a Stoeffler un premio de 100.000 marcos (125.000 pesetas), producto de una subscripción nacional.

## MONUMENTO AL BARÓN DHANIS

El día 12 de este mes inauguróse solemnemente en Amberes, bajo la presidencia del ministro de las Colonias Sr. Ronkin, el monumento que el grabado adjunto reproduce, dedicado a la memoria del célebre explorador belga barón Dhanis, que diri-

Al acto asistieron el ministro de Instrucción Pública, el alcalde de Madrid, las autoridades y representaciones de todos los centros locales y otras personalidades distinguidas. El secretario de la Junta del monumento leyó una memoria explicativa de los trabajos realizados y los alcaldes de Madrid y de Guadalajara y el ministro de Instrucción Pública pronunciaron elocuentes discursos ensalzando los méritos del conde de Romanones y la importancia del decreto por él promulgado.

Después, la música tocó la *Marcha Real* y los niños de las escuelas cantaron un himno.

El Ayuntamiento obsequió luego a los invitados con un banquete de gala.



Monumento al Excmo. Sr. conde de Romanones, erigido en Guadalajara por el magisterio español y solemnemente inaugurado el día 16 de los corrientes. Este monumento es obra del escultor Blay. (De fotografía de Luis Marín.)

## GIL DE CLAIRCOEUR

NOVELA ORIGINAL DE DANIEL LESUEUR. - ILUSTRACIONES DE SIMONT. (CONTINUACIÓN.)

Entraban personas en la oficina, una tras otra. Saludaban. El Sr. Andraux no contestaba. Con una sonrisa forzada, cada cual pronunciaba una frase, que

pable que huía humillado, nervioso, contrariado por el tiempo perdido, llevando su orden de pago a otro barrio de París, a las taquillas del Tesoro, donde se

- ¡Oh!, he olvidado mi papel... Pero, no importa, ¿verdad? Usted me conoce.  
- ¡Yo!..



Una contracción nerviosa dió una expresión extraña al largo rostro de la novelista

caía pesadamente en el silencio. En general, presentaban un papel. El subjefo lo tomaba y lo examinaba detenidamente. Parecía buscar en él alguna tara, alguna irregularidad. Sin embargo, la mayor parte de aquellos papeles se habían vuelto amarillos y se habían cortado en los pliegues, a fuerza de haber sido llevados en los bolsillos, y desplegados en aquella misma oficina, bajo aquellos mismos ojos, que se guiñaban mutuamente por encima de la nariz en forma de recazo de cuchillo.

Cuando había estudiado minuciosamente uno, el subjefo iba a coger un legajo, clasificado en su letra alfabética. Esta operación también exigía tiempo, aplicación, gestos mesurados, una expresión de cara estirada como si el burócrata hubiese buscado un consonante a «cáñamo». Sin embargo, era preciso encontrar y abrir el legajo. Andraux sacaba de éste otro papel. Nuevo examen. Los minutos pasaban. ¿No era indispensable que pasasen? Y el primer deber de un empleado de oficina, ¿no consiste en dar a su curso esa prudente lentitud, que la loca actividad humana ha destruído en todas partes, excepto en las administraciones?

Debidamente consultado el folio, se pasaba a un registro enorme, donde el paciente debía firmar un recibo marginal. Volver páginas, descubrir la columna, el nombre, la casilla correspondiente en que debía ponerse la firma, no era poco trabajo. Ello implicaba responsabilidades, requería discernimiento y circunspección.

- ¡Pero no!.., señor mío... no... ¡Qué demonio!, ¡no tan aprisa!.. ¿Dónde va usted a firmar?.. ¿Lo sabe usted, por ventura?.. ¿Ahí?.. ¡Hombre, no!.. ¡Ahí, no!.. ¡Aquí, señor mío, aquí!.. ¿Ve usted la punta de mi lápiz?.. ¡Es mucho cuento!.. ¡Le digo a usted que parece mentira!..

Y el subjefo seguía con mirada abrumadora al cul-

repetía el suplicio, con el sello de las oposiciones, el refrendo, el llamamiento de los números - otras tantas estaciones de viacrucis con las interminables colas que hacer y el mortificante desdén de la humanidad superior sentada detrás de las rejillas.

Una flacucha forma humana se insinuó en la oficina. D. Próspero hizo hacia Gilberta un guiño significativo. En aquel momento, pegaba un Fagueyrat de muslos impresionables metidos en calzas a lo Enrique IV. Y acababa de escribir, en letra tan redonda como los muslos, la palabra «Tragedia» - título del periódico que publicaba aquel retrato. (Sin duda algún útil trabajo hubiera podido ocupar los minutos pertenecientes al Ministerio; pero los muslos del hermoso Fagueyrat los ocupaban mejor.)

Gilberta se inclinó ligeramente para ver lo que daba una expresión burlona a la mirada de D. Próspero, y divisó la pequeña forma negra, coronada del invariable sombrero de paja. Este sombrero también era negro, y de un garbo que ningún periódico de modas había reproducido desde que a Gilberta le interesaban los periódicos de modas, es decir, desde una época muy próxima a su nacimiento.

La pequeña forma se inclinó para saludar. Pero nada se inclinó en cambio: ni las paredes grasientas, ni las pilas de legajos, ni los andamiajes de papeles, ni siquiera - pueden ustedes creerlo - la espina dorsal del subjefo. Una voz tímida murmuró:

- Vengo a buscar mi libramiento.

Siguió el silencio más absoluto, hasta que el señor Andraux preguntó en tono grave y receloso:

- ¿Qué libramiento?

- Pues... para este trimestre de mi indemnización literaria.

- ¿Qué indemnización?

Otra pausa. Luego, la voz, más débil que antes, murmuró:

La actitud de Teófilo fué indescriptible. ¡Conocer aquella pequeña forma negra, él, subjefo de negociado en el Ministerio!.. ¡Donosa hipótesis! Aquella pequeña forma negra... Desfilaba por la oficina cada trimestre, sin que los ojos demasiado juntos del funcionario del Estado se dignasen discernirla. Hubiera sido menester un microscopio, para ver tan ínfima cosa. En cuanto al papel que exhibía, era otra cosa. Era un documento que emanaba de un gabinete de ministro. Era la concesión de una indemnización literaria anual de trescientos francos. Un papel con membrete ministerial, eso sí que tenía importancia verdadera. Pero la pequeña forma negra... ¡Bah!..

- ¡Caballero, si tuviese usted la bondad!.. Imagínese... ¡Vengo de tan lejos!.. Y todo el día perdido. Y... y... todavía hay que ir luego al Tesoro. Con mis lecciones... No podré recuperar...

Ante el gesto de impaciencia y de ignorancia, añadió con voz temblorosa:

- ¡Y... y... me hace tanta falta ese dinero!..

- Vamos, señora, a ver... Mi tiempo es precioso, dijo el subjefo.

Y abrió la puerta para despedirla, haciendo entrar otra persona.

La institutriz exclamó con desesperación:

- Pero usted me conoce, caballero, después de tantos años que vengo a esta oficina.

Dió un paso adelante para descubrir a D. Próspero detrás de los baluartes de papeles, y añadió:

- Pero... su empleado me conoce.

¡Palabras funestas!.. ¡«Su empleado»!

D. Próspero, a quien la visible aflicción de Gilberta iba a conover, D. Próspero puso una cara tan áspera como la del subjefo y replicó:

- Señora, aquí, yo ignoro al público. No conozco más que mi trabajo.

Y cogió unas grandes tijeras administrativas para cortar las rebabas en torno de un Fagueyrat de apache - gorra aplanada, pantalón y americana de pana asargada, ojo avizor y navaja en mano - siniestro *avalar*, con que todo París quiso impresionarse.

La pequeña forma negra volvió una espalda miserable, un poco alabeada bajo la tela floja de la «confección» barata. Escurrióse por la sala de espera, desapareció detrás del cancel exterior y no se la volvió a ver.

Gilberta irguióse temblorosa, con lágrimas en los ojos:

- ¡Si esto es la administración del Estado, razón me sobra para no querer entrar en ella!, gritó la muchacha.

Su padre se le acercó de un salto, con tanta violencia, que ella retrocedió y se arrimó al muro de papeleras, con un gesto inconscientemente defensivo de la mano, como un niño bajo la amenaza de un bofetón.

- ¿Estás loca?, aulló sordamente Teófilo. ¡Si no sabes guardar aquí la debida compostura, vete! ¿Te figuras estar en casa de tu madrina?.., añadió en un tono que Fagueyrat le hubiera envidiado. («Quieres asesinar, mañana, en el Capitolio.»)

Ella protestó:

- Pero, papá, antes de que entrara, la has descrito... Tú la conocías.

El subjefe se cruzó de brazos.

- ¿Y los parecidos?.. ¿No has oído hablar del marqués de Casa-Riera?, ¿del proceso Tichborne?, ¿del marqués de Valcor? ¿No te llevé yo mismo a ver el *Correo de Lyon* - en un palco que tu madrina nos había dado? ¿Voy a arriesgar el dinero del Estado y dejarme coger en el lazo de alguna astuta simuladora?..

El subjefe se detuvo. Una puerta interior, que comunicaba con la oficina inmediata, acababa de ser empujada.

Apareció por la abertura una cabeza - joven, cabelluda, con una pluma detrás de la oreja.

- ¡Venga usted a ver una cosa verdaderamente sorprendente!

En las oficinas, cualesquiera que sean, nadie resiste a lo imprevisto. Los acontecimientos son allí tan raros que el personal no les regatea importancia. Un llamamiento como el de la cabeza cabelluda hubiera hecho correr a toda una dirección.

Andraux, sorprendido, encontróse en presencia de un cliente que entró cuando la institutriz salía.

- Sírvase usted volverse a la sala de espera hasta que le llamen, le dijo. El Ministerio no está a las órdenes de usted.

Siguiéndole, colgó un cartel:

LA OFICINA ESTÁ CERRADA  
DURANTE UN CUARTO DE HORA

¿Desde cuándo partía aquel cuarto de hora y cuánto duraría? Este debía ser el problema que distraería la meditación de los recién llegados.

Teófilo cerró la puerta con llave y se precipitó en la oficina inmediata, donde ya se había metido apresuradamente D. Próspero.

Gilberta, curiosa, les siguió.

Media docena de empleados de diferente categoría (hasta había un portero de uniforme, pero la jerarquía desaparecía en medio de la emoción general) se agrupaban delante de una caja de cartón que el burócrata cabelludo tenía cogida por el asa de cobre. Esperaba que la reunión fuese completa y estuviese suficientemente recogida, para revelar su descubrimiento.

La señorita Andraux sintió palpitar su corazón leyendo en la etiqueta móvil de la caja:

DOCUMENTOS CONFIDENCIALES

¡Cielos!.. Fugas, indudablemente. Documentos vendidos al extranjero. Un drama. Aquel escribiente de cara biliosa, que le parecía palidecer y amarillear hasta los ojos... ¿Sería él el traidor?

- Señores, pronunció el cabelludo, que no se fijó (o no quiso fijarse) en la muchacha, vais a saber un espantoso secreto: Artemisa estaba a punto de ser madre.

Exclamaciones y risas.

El cabelludo continuó:

- Hace poco me tocaba a mí el darle de comer. Acaba de revelarme su falta y de presentarme los frutos de la misma. Admiran ustedes este cuadro de familia.

Bajó la tapa delantera de la caja y se vió en ésta a una ratona dando de mamar a sus ratoncitos, cuyas colas bullían como gusanos. Los minúsculos recién nacidos, violáceos y desprovistos de pelo, se apretaban contra el vientre de su madre. Ésta levantó su cabecita en que brillaban unos ojos vivarachos

pero no se asustó. Capturada desde hacía unos cuantos días, Artemisa se había acostumbrado al régimen de los «documentos confidenciales». Veía el cielo, bajo la forma de un estante de madera, por los agujeros practicados en la tapa de cartón para que pudiese respirar. El animalito apreciaba la felicidad burocrática. Orgullosa de su maternidad, miraba con altivez a sus amigos. Hubiérase dicho que se le había pegado algo de su vanidad. Compartiendo la seguridad de su existencia, ya no pensaba en esquivar su compañía.

Ellos se reían, enternecidos, dándole nombres melindrosos. El ujier había ido ya a la portería en busca de miga de pan y un poco de leche.

Gilberta, que había vuelto al despacho de su padre, se abandonaba a la risa. Pero no tardó en ponerse seria, porque Teófilo volvía sin haber perdido un ápice de su dignidad, a pesar de haberse entusiasmado con la progenitura de Artemisa. Al lado del subjefe, se adelantaba un hombre tan barbudo y tan calvo que parecía haber echado mano de su cabellera para adornarse la parte inferior de la cara. Andraux lo presentó:

- Mi amigo Jerónimo Cochart, de quien te he hablado muchas veces. Aunque jefe de negociado, absorvido por sus responsabilidades y por un trabajo abrumador, el Sr. Cochart ha tenido la bondad de leer tus ensayos.

Gilberta se levantó, palpitante de esperanza y de ansiedad. Cochart la miró sonriéndose.

Aquella sonrisa nada quería decir para la muchacha. Aquella sonrisa se parecía a todas las sonrisas que la joven veía nacer en los labios masculinos, tan pronto como los ojos correspondientes a estos labios se habían dado cuenta de su cara vivaracha, de nariz corta, boca móvil, tez rosada, entre las redondas colas de sus lustrosos cabellos que le cubrían las orejas. Aquella sonrisa más bien la molestó.

Pero se formularon palabras, y su corazón saltó de alegría.

El Sr. Cochart dijo:

- Señorita, he leído de usted exquisitas páginas. Sí, sí.

Y añadió en seguida volviéndose hacia el padre:

- Te lo he dicho Andraux, ¿verdad?

Volvió después a dirigirse a Gilberta:

- Usted preguntará, señorita, qué juicio puede formar de sus composiciones líricas un prosaico jefe de negociado como yo ¿verdad? No, no, ya lo sé... Pero yo también había nacido para escribir. Un buen estilo me enajena, la verdad, me enajena positivamente... ¡La poesía!.. ¡ah!, ¡la poesía!.. Pero va usted a comprender... ¿verdad?.., va usted a comprender... ¿Sabe usted por qué no he sido escritor... un gran escritor, naturalmente?

Gilberta meneó la cabeza. Una sorda decepción la llenaba de gravedad.

- Pues bien, señorita, ha sido porque tengo demasiadas ideas... demasiadas ideas, la verdad. Cada vez que he querido abandonarme a mi inspiración, se formaba en mí como un torbellino, la verdad. Las ideas acudían, acudían, todas a la vez... ¿Cómo escoger, verdad? Siempre he tenido demasiadas ideas. Su padre de usted lo sabe muy bien. ¿Verdad, Andraux? ¡Cuántas veces te lo he dicho!

Teófilo hizo un gesto de conformidad. Y, de pronto, la boca móvil de Gilberta tuvo el temblor de una risa reprimida. La muchacha contemplaba el cráneo absolutamente desmantelado del jefe de oficina.

¿Era la ebullición de las ideas lo que había producido aquella calvicie casi escandalosa?

Pero a la joven la ponía nerviosa el que hubieran retirado tan pronto de sus sensuales narices el humillo de las alabanzas; y preguntó con los ojos llenos de candor:

- Entonces, ¿es verdad, caballero?.. ¿Cree usted que no hago mal en probar de escribir?

- ¡Hacer mal!.., ¡probar de escribir!.., repitió el enfático jefe de negociado. Pero, hija mía, la verdad, créame, usted es una de las glorias futuras - digo «glorias», ¿entiende usted?, del feminismo literario.

- ¡Oh!, yo no soy feminista!, exclamó Gilberta, con un aire de ligera decepción.

- ¡De veras!.., exclamó el Sr. Cochart, algo asombrado.

- No, no, espero hacer algo mejor...

Ella hubiese preferido oír vaticinar que sería «una de las glorias literarias», sin designación restrictiva. Cochart, que conocía sus autores, insinuó:

- Sin embargo... Jorge Sand... ¿verdad?..

- ¡María Santísima!, ¡y la coba que nos dan con ésa!.., suspiró la muchacha.

- ¿Has podido leerla, tú, Cochart?, preguntó Andraux. Jorge Sand ha pasado de moda, amigo. Su prosa es anticuada, lloricono... ¡y difusa!.. No... si mi hija tiene algún mérito, has de convenir en que es

algo que no se parece a nadie... una manera de no concluir... originalidad en una palabra.

- No la levantes de cascos, Andraux. Tiene progresos que hacer, ¿verdad? Si quiere escucharme... Puedo darle consejos, ¿verdad?.., consejos útiles. Por ejemplo, he notado que incurre en repeticiones, ¿verdad? Alguna palabra que a cada momento vuelve... ¿verdad? Eso es pesado, incorrecto. A mí, la verdad, me chocha en seguida.

Ya porque tuviese consejos de la misma importancia que prodigar inmediatamente a la futura gloria literaria, ya porque quisiese permitir al subjefe descolgar el cartel:

CERRADO POR UN CUARTO DE HORA

invitó a la señorita Andraux a que pasase a su gabinete, donde tendría el gusto de devolverle su manuscrito:

- No he querido entregarlo a su padre, porque deseaba, ¿verdad?, explicar a usted algunas señas, que he puesto, como ésta, con lápiz. Observaciones, impresiones, ¿verdad?..

En su despacho, del cual despidió a un escribiente, el Sr. Cochart se mostró de pronto atrevido. Cogió a Gilberta la barba, con sus gruesos dedos, que tenían en las falanges matas de pelos (tránsugas, quizás, de la cabellera convertida en barba), y le declaró que ella le debía una recompensa por su desinterés.

La muchacha retrocedió, asombrada de la frase, disgustada por el cambio de tono.

Pero Cochart sabía que la madrina Claircoeur pensaba hacer pasar a su ahijada el concurso del Ministerio, para una plaza femenina. ¿No era generoso de su parte desviar a la muchacha de semejante senda? ¿privarse de la suerte de hacer, en los pasillos, el encuentro diario de una cara tan bonita?

- Porque usted es muy bonita, señorita Gilberta. Muy bonita, repitió respirando un poco fuerte. Vamos, que bien lo sabe usted, ¿verdad?

Y para pellizcarle la oreja... («¡Cómo!.., a un hombre de su edad no había de estarle permitido?.. ¡Oh, ¡la arisca!..»), trató de meter los mismos dedos por debajo de la sedosa coca de pelo castaño, donde la larga trenza caía sobre el delicado cuello de la muchacha.

El hombre creyó prudente renunciar a su pellizco, al ver brillar un rayo de indignación en los ojos de la señorita Andraux. Pero disimuló su retirada con la desenvoltura de su charla.

Si... Y además, las lindas muchachas como ella, tan apetitosas, tan seductoras, tan frescas, no habían nacido para agostarse en las oficinas. Singular progreso... ofrecer a las mujeres funciones administrativas... ¡Trabajos tan complicados, tan pesados, que reclamaban tanta iniciativa! Se necesitaba, para ello, una naturaleza de hierro... ¡Y mucha cabeza!.. Además, ¿qué les quedaría?.. (cabía preguntarlo, ¿verdad?) ¿qué les quedaría a los hijos de familias burguesas desprovistos de aptitud para una carrera?.. ¿los que no tenían disposición para las artes, ni para el estudio, ni para la industria, ni para nada? ¿Qué se iba a hacer de ellos, si las mujeres les quitaban los empleos en la administración del Estado? La política... No había puestos en ella para todos. Y precisamente para colocar su sobrante la política multiplicaba las funciones administrativas. Pero si se mezclaban las mujeres ¿verdad?.. ¡Y sobre todo las mujeres bonitas!..

- Tengo un sobrino, señorita Gilberta, el cual, sea dicho entre nosotros, es un simple, con una cara de... ¿verdad?.., de hongo enfermo. ¿Cómo había de ascender al lado de usted, verdad? Iría usted a ver al director, o al ministro...

Cochart paseó su mirada sobre toda la persona de Gilberta: la falda corta, finos zapatos, delgados tobillos en medias transparentes, chaqueta entreabierta sobre una cascada de limón y de guipur, cofia de terciopelo graciosamente arrugada sobre la expresiva carita... la corbata de nutria, el grueso manguito de pieles, que olía a venado y violeta, todo ese conjunto de inocencia y de tentación, ese pequeño ser temible para sí y para los demás constituido por una parisiense de veinte años, ferozmente pura y diabólicamente coqueta...

Y aspiró con fuerza el aire por las narices:

- ¡Ah!, su ascenso no se haría esperar. Y los pobres varones, como el estúpido de mi sobrino... podrían esperar sentados.

Una vaga intuición turbó a Gilberta. ¿Es que el entusiasmo de aquel señor por su vocación literaria no era enteramente objetivo y desinteresado? La duda no la rozó más que un momento. Su juventud abrigaba demasiada confianza, demasiada vanidad ingenua, una esperanza demasiado viva.

Hizo habilidades de gatita para obtener su ligero

manuscrito y escaparse sin dejar que las manos de velludas falanges andorreasen demasiado sobre su persona, pero sin abofetear al jefe del negociado, extremo que con desesperación se creyó a punto de tener que llegar. ¡Qué hubiera dicho su padre, Dios mío! Él, tan orgulloso de haber seguido siendo amigo íntimo de Cochart y continuar tuteando a ese grande hombre, a pesar del abismo que la jerarquía ponía entre ambos. El Sr. Cochart, jefe de negociado en el Ministerio, el único ser de quien Teófilo Andraux hablaba con admiración. ¿Y por qué?.. Porque podía decirle: «amigo mío» y darle palmadas en la espalda. ¡Abofetear al Sr. Cochart!.. Sólo de pensarlo, Gilberta palidecía, mientras que la repulsión por aquel hombre grueso, feo y calvo, y la horripilación de los contables soplados, iban a hacerle estampar los cinco dedos en la cara.

Una vez fuera — ¡qué suerte el haber podido salir con bien del apuro! — la señorita Andraux echó a andar, a su paso ligero, por las calles grises de invierno. La alegría le daba alas. Una de estas maravillosas alegrías de la juventud, que circulan en la sangre, llegan a ser físicas, aligeran la cabeza como una embriaguez de vino espumoso, hacen rítmica la cadencia de los movimientos, animan las piernas con la necesidad de bailar. Ella tendría talento, sería célebre, no llevaría la odiosa existencia de una empleada. La madrina se dejaría persuadir. ¡La madrina era tan buena!

Gilberta se sonreía inconscientemente. Sus ojos brillaban. Los hombres volvían la cabeza para mirarla a su paso. Algunos le echaron piropos. El más audaz la siguió. Aquellas frivolidades de la calle fueron para ella como no existentes. Tenía el arte de abstraerse, de aislarse. Arte familiar a toda parisienne honesta. Los hombres galantes lo conocen. Ese aire de ni siquiera sentirse molestadas por su insistencia, de no poner en ella la menor atención, les prueban que pierden el tiempo, los desaniman con mayor seguridad que las actitudes de ofensa y las miradas fulminantes.

Algunas compras debían justificar la salida de la señorita Andraux. La muchacha las abrevió. No se encuentra siempre lo que se busca en los almacenes.

La muchacha no se servía fácilmente de la mentira. Esta le inspiraba una instintiva repugnancia, pero no veía mal en ella desde el momento que ocultaba un paso inocente en sí.

— ¿Y qué cosa más inocente que visitar a mi padre?, se decía especiosamente.

De vuelta a su casa, fué a llamar a la puerta del gabinete de trabajo de su madrina.

— ¿Te molesto?

— No; estoy corrigiendo pruebas... Pero puedo interrumpirme. No es como si compusiese. Ven a procurarme un instante de ocio, hija mía.

En el fuego de la invención, también hubiera admitido a la intrusa. La sencillez con que aquella mujer realizaba su tarea en este mundo era tal que nunca hubiera dicho a nadie, ni siquiera a una criada: «Déjeme... Estoy trabajando.» Para aquella gran trabajadora, la palabra «trabajo» contenía una pretensión que repugnaba a su delicadeza.

— ¿Cómo puedes escribir, exclamó Gilberta, con ese animal así puesto?

Aquel animal era Criqueta. Claircoeur suspiró al oír la tratar de aquel modo. ¡Una pequeña criatura más fina de corazón que muchos humanos, y en presencia de la cual la novelista no se atrevía a manifestar tristeza, porque la pobrecilla se mostraba inmediatamente desesperada de ternura y piedad. Ese animal... Sin embargo, no reprendió a Gilberta, a quien suponía un poco celosa.

— Es verdad que Criqueta me estorba un poco, convino ella. Pero como no hago más que corregir pruebas...

— ¡Vamos, vete, Criqueta!.. Baja, picarueta, que tiranizas a la madrina, ordenó la muchacha, con una severidad que el tono de broma no la atenuaba mucho.

La perrita, cuya parte posterior llenaba por un lado el fondo del sillón en que Claircoeur estaba sentada, y cuyo cuerpo nervioso ocupaba el brazo, mientras que la cabeza se alargaba hasta sobre la galerada de pruebas, obedeció, no sin fijar en su ama una mirada de reconvención. Y esta mirada se obstinó, hasta de lejos. Tanto que la novelista, impresionada, le volvió la espalda.

— Eso es, madrina... Deja un momento a tu perro, ¿quieres? ¿Puedo esperar yo de ti cinco minutos de atención sin que Criqueta me la quite?

— Vamos, muchacha, no me hables así. Sé amable. ¡Tenías un expresión tan brillante, al entrar! Iba a felicitarte.

— Es que, en la calle, el aire es vivo. Además... he reflexionado mucho.

— ¡Hola, hola!.. ¿Y sobre qué, hija mía?

— Madrina... verdaderamente... escucha. Es inútil que intente tomar parte en el concurso para el Ministerio.

— ¿Qué me dices, muchacha?

— Decididamente, me falta valor para encerrarme todo el santo día en una oficina... Tengo otros gustos, otras aficiones... tengo demasiada imaginación, amo demasiado la literatura... ¡Una oficina!.. Tengo el carácter demasiado superior a eso.

— Querrás decir que lo tienes demasiado inferior. Te aseguro que se necesita carácter, un gran carácter para someterse a la rutina de una oficina, cuando se sueña ser una Jorge Sand.

— ¡Oh! Jorge Sand!..

La muchacha dejó asomar una sonrisa de desdén que desconcertó a Claircoeur.

— Hija mía, tengo la obligación de darte un medio de ganarte honradamente el pan. De esta manera te presto un servicio mayor que si te legase una fortuna. Porque la fortuna, hija mía...

— ¿Por quién me tomas?, exclamó Gilberta, que se puso carmesí. ¡No me legues nada, te lo ruego!.. ¡Qué horrible palabra!.. ¿Soy yo ambiciosa de dinero?.. ¡Sobre todo de un dinero que yo no había de poseer sino a costa de perderte!..

Le saltaron las lágrimas. La sinceridad brillaba en su rostro, pero mezclada con más cólera reprimida que con emoción.

Y añadió:

— ¿He merecido que me hables así? ¿Soy yo interesada?.. ¿Soy siquiera perezosa?.. ¿Le hago yo ascos al trabajo?..

La protesta hubiera ganado viniendo del corazón y no del orgullo, siendo susurrada, al oído, con una caricia en la mejilla de la excelente mujer que la había educado con indecible abnegación.

Fué Claircoeur la que se levantó para ir a estrechar en sus brazos a la muchacha ofendida.

— ¡Quisiera verte en una oficina!.., murmuró Gilberta, echando una mirada de envidia sobre las galeradas llenas de tachones y de signos extraños. (¡Corregir pruebas!.., ¡las pruebas de lo que ella hubiese escrito!.., ¡cuánto le hubiera gustado!)

— He hecho trabajos más fastidiosos. He pasado noches poniendo en claro dictados estenográficos... Tú estabas con tu nodriza.

— ¡Oh! ¡conociste el éxito tan pronto!..

— Pronto o no, esperé tenerlo para dejar el oficio que nos proporcionaba la subsistencia. ¿Se sabe nunca si se tendrá éxito? Ni qué clase de éxito. Mis pobres historias son una mercancía que rinde beneficios, en el mercado de cosas para leer. Pero las obras del ingenio, ni aun las obras maestras, no siempre producen al autor lo necesario para vivir.

— Quiero escribir... aun a riesgo de pasar miseria toda mi vida.

— ¿Pero escribir qué, tesoro mío?.. Yo emborriné muchas páginas antes de convencerme de que tenía disposiciones para escribir. Sólo entonces me dije: «¡Siendo así, adelante!»

— He hecho ya tres crónicas, madrina. Te las enseñé.

Claircoeur suspiró y guardó silencio.

— ¿Ves?.., repuso Gilberta. Contestas como después de haber leído mis ensayos... ¿Por qué no dices nada? Bien tienes una opinión sobre mis ideas, sobre mi estilo.

— Hija mía, ¿qué lenguaje puedo hablar a una niña como tú, que nada quiere oír? Me presentas tres crónicas. Pero no... Serían crónicas si ocupasen ciertas columnas de ciertos periódicos. Por ahora, no son más que fantasías de muchacha. Y de una muchacha poco al corriente de lo que interesa al público.

Gilberta se echó a reír, con su risa tan hermosa, aunque en este momento un poco forzada.

— ¡Lo que interesa al público!, repitió. ¡Vamos! al lado de lo que se le hace tragar, mis crónicas, sea dicho sin alabanza, son obras maestras. ¡Los artículos estúpidos que veo en los periódicos que recibes!.. Tú misma lo dices. Vamos, acuérdate... Esa elucubración sobre el carácter revelado por el color del papel de cartas... Tú declaraste que estaba por debajo de todo. Sin embargo, venía en la primera columna del *Gulliver*, y estaba firmada por un nombre bastante conocido.

— ¡Una firma conocida! Preséntala, a falta de un asunto bien tratado, y tu crónica será admitida a ojos cerrados. ¡Una firma conocida!.. ¡Ahí es nada! Para un director de periódico, con frecuencia vale más que una hermosa página.

— Eso es abominable.

— Gilberta... ¿a quién preferirías ver entrar aquí de visita: a un ilustre escritor, un príncipe de las letras, uno de esos que te entusiasman y apasionan,

aunque no tuviera más que decirte: «Buenos días, me alegro de encontrarla a usted en casa», o a esa señora que pasa por la acera de enfrente, aunque viniera a decirte las cosas más interesantes del mundo?

La futura gloria literaria (según el vaticinio del Sr. Cochart) no pudo contener una sonrisa.

— Madrina, replicó (¡y, esta vez, con qué mimo en el gesto, en la voz y en los ojos quiméricos y patéticos!), madrina... yo también me daré a conocer, si tú consientes...

— ¿Si consiento?..

— En llevar mis crónicas al director del *Gulliver*.

— ¡Pero si no las aceptarías escritas por mí!

La señorita Andraux se mordió ligeramente el labio, con una mirada al techo.

Su madrina interpretó la mímica y dijo con aire bonachón:

— ¡Sí, ya sé que escribo mal, mientras que tú!.. Pero, hija mía, si mi género es despreciable... ¿qué autoridad tendré para imponer la obra de otra persona?

Por aturdimiento, por la ávida impaciencia de la juventud, y no por una crueldad consciente, Gilberta replicó vivamente, antes de reflexionar:

— Sin embargo, eres alguien. Te recibiría sólo con que le hicieses pasar tu tarjeta. Tú le decidirías a leer mi trabajo. Es todo lo que pido.

Una contracción nerviosa dió una expresión extraña, casi grotesca, al largo rostro de la novelista. Ésta bajó silenciosamente la cabeza.

— Madrinita... te lo ruego, madrinita, suplicó, yo sé que mis ensayos valen.

— ¿Sabes eso?.. ¡Jesús! ¡qué suerte tienes!

— ¡Di que sí, madrina!..

Gilberta se animó, jovial, como si el «sí» hubiese sido pronunciado.

— Y después, trabajaré a tu lado, contigo. ¡Te prestaré una infinidad de servicios! ¡Corregiré tus pruebas!

— Pero yo temo prestarte a ti un servicio muy malo, Gilberta.

— ¡No, no!..

— Te enojarás conmigo, si rehusan tus ensayos.

— ¡Eso nunca!

— Y yo lo sentiré si los aceptan, murmuró la madrina.

Gilberta, que entonaba un canto de triunfo, no oyó esta frase, llena de ansiedad por su destino. En seguida, habiendo obtenido lo que deseaba, fué de nuevo la brillante flor, perfumada de alegría, que asombraba y encantaba a los transeúntes, a lo largo de las aceras blanqueadas por el invierno. Risueña, erguida, ebria de porvenir, se escapó, graciosa ágil, y para ir a ver sus preciosos cuadernos. ¿No había que copiarlos de nuevo, o borrar, al menos, con la goma, las indicaciones hechas con lápiz por el Sr. Cochart, y cuyo sentido ya nada le importaba?

Claircoeur volvió a sentarse delante de sus pruebas. Pero no reanudó en seguida su corrección. Una vaga melancolía la tenía apoyada de codos sobre la mesa, con la mirada lejana. Una melancolía que no era todo inquietud por su ahijada. (¿No estaba ella allí para sostenerla, ya que no sabía resistirla?) Pero de pronto subía de su vida una profunda tristeza. No sabía por qué. ¿Qué le pasaba?.. ¡Cuán diferente de sí misma era Gilberta!.. Sin embargo, era la única de su sangre, entre los que había dado a su corazón para contentarlo y llenarlo.

¡Ah!, sí, era diferente. Quizás había de alegrarse de ello. Quizás valía más así; quizás era preferible que tuviese aquella fuerza contra el sentimiento de los demás, aquella confianza en sí, aquella joven vanidad capaz de mirar sin asombro, sin temblor, las prodigiosas existencias (una sonrisa sardónica para Jorge Sand), aquel desdén de la bondad — hasta cuando se acepta todo lo que la bondad puede ofrecer ocultándose. Dios mío, sí... aquello era preferible contra la vida.

Por consiguiente, alégrate, Claircoeur, por esa pequeña Gilberta a quien tanto amas, y que, a pesar de todo, parece exquisita a tus ojos casi maternos, con su gracioso y mimoso egoísmo, que tú has cultivado, y el delicioso brillo de su juventud. Y, puesto que estás para entristecerte, da esa lágrima que quiere brotar a la otra joven, a aquella grande y desmayada criatura que fuiste a los veinte años, y que recuerdas como si la estuvieras viendo, y cuyo corazón se oprime todavía en el fondo de tu ser, por todo lo que temió, por todo lo que sufrió, por todas las decepciones de que no quiso convencerse.

Sobre la galerada de pruebas por corregir, un suave empujón hizo caer la mano de la novelista.

Contra ella, debajo de su codo, insinuó una pequeña forma viviente. Y su mirada fué sorprendida por dos grandes ojos llenos de inquietud.

(Se continuará.)



El capitán del vapor francés «La Touraine», cuyas lanchas fueron las primeras que salvaron algunos pasajeros del «Volturno».

#### LA CATÁSTROFE DEL «VOLTURNO»

Una espantosa catástrofe parecida a la del *Titanic* se ha producido recientemente en pleno Atlántico. El vapor *Volturno*, perteneciente a la compañía londinense «Canadian Northern Steamship» y que iba de Róterdam a Nueva York con 657 personas a bordo, se incendió en alta mar.

En la mañana del 9 de este mes, el transatlántico *Carmania*, de la compañía Cunard, recibió un marconigráfico del *Volturno* pidiendo socorro con urgencia, e inmediatamente hizo rumbo al lugar de la catástrofe, marchando a una velocidad de 20 nudos por hora, a pesar de la tempestad que en aquellos momentos soplaban con horrible violencia. Cuando, a las dos y media de la tarde, llegó al sitio del siniestro, ofrecióse a los ojos de sus tripulantes y pasajeros un espectáculo aterrador: la proa del *Volturno* estaba envuelta en humo y llamas y en la proa amontonábase el pasaje, compuesto en su mayor parte de emigrantes, presa de la mayor desesperación. Intentó el *Carmania* el salvamento y al efecto echó al agua una lancha, pero la violencia de las olas impidió a esta embarcación acercarse al buque incendiado, viéndose sus tripulantes obligados a regresar a bordo, adonde llegaron milagrosamente.

Juzgando imposible establecer una comunicación con el *Volturno*, el capitán del *Carmania* acercóse a aquél hasta ponerse a una distancia de treinta metros; pero la fuerza de las olas hacía imposible todo transbordo.

En el entretanto, fueron llegando otros ocho vapores, que también habían recibido marconigramas del *Volturno*; mas el estado del mar no les permitió echar al agua las embarcaciones de socorro, teniendo que presenciar impotentes los progresos del incendio y la agonía espantosa del pasaje. Al anochechar amainó algo el temporal, mas no lo suficiente para que pudiera intentarse el salvamento; sólo unos pocos naufragos pudieron ser recogidos por dos lanchas de *La Touraine* que, con gran peligro para sus tripulantes, pudieron acercarse un poco al *Volturno*.

En tan angustiosas circunstancias, el capitán del *Carmania* encargó al operador de la telegrafía sin hilos que hiciese lo imposible para comunicarse con el vapor norteamericano *Naragansett*, que debía estar cruzando el Atlántico y que iba cargado de petróleo, a fin de que acudiese al lugar del siniestro

para que, arrojando su carga al mar, pudiera calmarse el furor de las olas. Lograda la comunicación, el capitán del *Naragansett* contestó que allí estaría a la mañana siguiente; así fué, y a ello puede afirmarse que se debe el que se salvara la gran mayoría

así como la de la tripulación han sido unánimemente alabadas por los sobrevivientes de la catástrofe; a sus esfuerzos, a su serenidad y a su heroísmo debióse el que la catástrofe no fuese aún mucho más espantosa de lo que fué.



Grupo de naufragos del «Volturno» salvados por «La Touraine». (De fotografías de M. Rol.)

de los pasajeros y tripulantes del *Volturno*. A las primeras horas del 10, llegó el buque norteamericano que, sin pérdida de momento, arrojó al mar algunas toneladas de petróleo. El efecto fué maravilloso: las olas se calmaron y antes de una hora el mar estaba suficientemente tranquilo para que los varios vapores allí reunidos pudieran, sin peligro, lanzar al agua sus embarcaciones y efectuar el transbordo de los naufragos del *Volturno*. He aquí el número de éstos recogidos en cada uno de aquellos

Muy elogiado es también el comportamiento del Sr. Seddón, encargado de la telegrafía sin hilos en el barco incendiado.

Muchas alabanzas han merecido también los capitanes y las tripulaciones de los buques que acudieron en auxilio del *Volturno* por los prodigios de heroísmo y de abnegación que realizaron en los trabajos de salvamento.

La mayor parte de las víctimas perecieron unas por haber querido salvarse a nado y otras, las más,

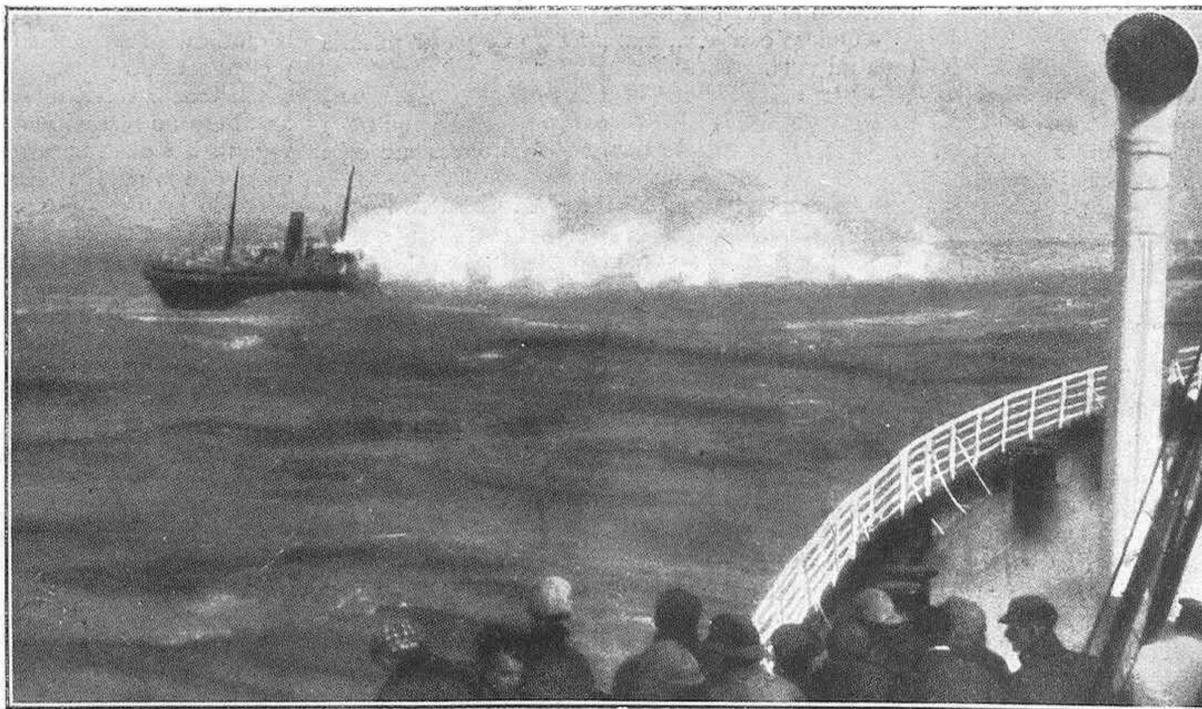
por haber sido destruídas por las olas las lanchas que, en los primeros momentos de pánico, echaron al agua los tripulantes del *Volturno*. El capitán, comprendiendo que este medio de salvación era imposible, dado el estado imponente del mar, hizo cortar las cuerdas que sostenían las otras canoas a fin de que éstas no pudieran ser utilizadas y gracias a ello hubieron de permanecer en el buque todos los demás pasajeros y pudieron ser salvados más tarde.

Los relatos que de la catástrofe hacen los sobrevivientes son horripilantes.

Ignórase cuál fué la causa del incendio; según unos, fué debido a la explosión de una pequeña caldera; según otros, a la com-

combustión espontánea de unas balas de algodón, y hay también quien supone que el fuego fué consecuencia de la imprudencia de algún fumador que arrojó un cigarrillo no apagado a una de las calas de proa.

En los primeros momentos, el capitán del *Volturno*, creyendo que el incendio podría ser atajado fácilmente, quiso ocultar el siniestro a los pasajeros; pero al ver las terribles proporciones que aquél tomaba, adoptó las disposiciones necesarias para el salvamento, enviando al mismo tiempo los marconigramas a los que se debe la salvación de tantos centenares de personas. — S.



Vista del vapor incendiado «Volturno» tomada desde el transatlántico alemán «Carmania», que fué el primero en llegar al sitio de la catástrofe. (De fotografía.)

buques: 11 en el *Carmania*, 40 en *La Touraine*, 30 en el *Minneapolis*, 19 en el *Rappahannock*, 102 en el *Czar*, 29 en el *Naragansett*, 59 en el *Devonian*, 90 en el *Kroonland*, 105 en el *Grosser Kurfürst* y 36 en el *Seidlitz*, o sea en total 521 personas. Como en el *Volturno* había 24 pasajeros de primera clase, 540 de tercera y 93 tripulantes, o sean 657 personas, el número de víctimas de la catástrofe asciende a 136.

El capitán del *Volturno* Sr. Inch, que fué el último en abandonar el barco, fué recogido a bordo del *Kroonland*. Su conducta y la de los demás oficiales

LONDRES. - LA BODA DEL PRÍNCIPE DE CONNAUGHT CON LA DUQUESA DE FIFE

En la mañana del 15 de este mes, efectuóse con grandísima pompa en el palacio Real de Saint-James, de Londres, la boda del príncipe Arturo de Connaught con la duquesa Alejandra de Fife, primo hermano el primero y sobrina la segunda del rey Jorge V de Inglaterra. A las once, los invitados y el Cuer-

organo ejecutaba una marcha compuesta expresamente para aquel acto y la capilla real de música entonaba un himno. El rey condujo a la novia al altar y acto seguido comenzó la ceremonia religiosa, que celebró el arzobispo de Cantorbery y terminada la cual los recién casados firmaron el registro en

princesa Luisa, hermana del rey Jorge, y del duque Alejandro de Fife, que murió en 1912 en El Cairo, a consecuencia del naufragio del vapor *Delhi*. Los regalos recibidos por la novia se calcula que valen 3.750.000 pesetas. Entre ellos descuellan: una tiara de dia-



El príncipe Arturo de Connaught. - La duquesa Alejandra de Fife. (De fotografía de London New Agency-Photo.)

po Diplomático ocupaban sus puestos en la capilla y poco antes de las doce llegaron al palacio los reyes acompañados de la reina madre. Diez minutos después llegó el novio acompañado de su padre y del príncipe de Gales y seguidamente la novia con su madre.

Formáronse tres comitivas, la del clero, la del novio con sus testigos y la de la novia, con los suyos y las señoritas de honor, que penetraron sucesivamente en la capilla mientras el

presencia de los reyes y de sus familias. Desde el palacio de Saint-James la comitiva se dirigió a la residencia de la novia, en donde se celebró el banquete de boda.

Una multitud inmensa aclamó a los novios antes y después de la ceremonia nupcial.

El príncipe Arturo de Connaught nació en Windsor Castle en 13 de enero de 1883. La duquesa Alejandra de Fife nació en East-Sheen-Lodge en 17 de mayo de 1891 y es hija de la

mantes de gran tamaño, regalo de los reyes de Inglaterra; un broche de diamantes, de la emperatriz de Rusia, un precioso abanico pintado y esculpido, que es una verdadera joya, de los reyes de España; y un broche de diamantes, de los reyes de Noruega.

Los recién casados, después de pasar una temporada en el palacio que en Deal posee Mr. Astor, irán a París y luego a Madrid, en donde serán recibidos por nuestros soberanos.

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES O EDITORES

HANDBUCH NEUZEITLICHER WOHNUNGSKULTUR. SPEISEZIMMER. (Manual de la habitación moderna. Comedor), por *Alejandro Koch*. - Se ha publicado lujosa y elegantemente editado por el reputado editor Alejandro Koch, de Darmstadt, el tomo tercero de esta importante obra, que es un completo tratado gráfico de la moderna decoración doméstica. Contiene este tomo cerca de 300 magníficas ilustraciones que abarcan todo cuanto al comedor y a sus muebles y accesorios se refiere: salón comedor propiamente dicho, sala de té, miranda para el desayuno, buffets, armarios, servicios de mesa, adornos y accesorios de metales preciosos, porcelana y cristal, etc. Las hermosas láminas reproducen habitaciones, mobiliarios y objetos de los más diversos estilos, todos ellos originales y del mejor gusto y proyectados por notables arquitectos, artistas e industriales. Es, pues, este manual una obra de utili-

dad suma y un libro verdaderamente suntuoso que honra a su editor. Un tomo de 200 páginas con 300 grabados; precio, 16 marcos la edición ordinaria y 20 la edición en papel japonés.

HOJITAS DE ORO dedicadas a las Hijas de María por un padre de la *Compañía de Jesús*. 2.ª edición corregida y aumentada. - La segunda edición de esta obra, de la cual se han agotado millares de ejemplares en menos de tres años, ha sido enriquecida con nuevas materias, entre ellas la Novena de la Gracia y un tratado completo de las indulgencias concedidas a la Congregación Prima Primaria de Roma, de la que forman parte las congregaciones de las Hijas de María de todo el mundo. *Hojitas de oro* es el libro de instrucción religiosa y de devoción más adecuado para las jóvenes. Un tomo de 312 páginas, editado en Barcelona por Gustavo Gili; precio, 1 peseta.

TEATRO DE AMOR, por *José Francés*. - Los ocho trabajos reunidos por el notable literato Sr. Francés en este tomo, más que comedias propiamente dichas son novelitas en forma dia-

logada y representable. Como todas las producciones de nuestro querido colaborador, distingúense éstas por el interés de la acción, por el acierto con que están observados y presentados los personajes y sobre todo por la belleza de la forma, por la delicadeza de los conceptos, por la galanura del estilo. Un tomo de 232 páginas, editado en Madrid por La Editorial Española-Americana; precio, 3 pesetas.

EL CUENTO DE UNA HISTORIA, por *A. Escamilla Rodríguez*. - La Real Academia Española ha calificado este libro como de mérito relevante; esto por sí solo constituye su mejor elogio. *El cuento de una historia* es una novela corta arrancada de la vida real; su argumento; sus personajes, el ambiente en que éstos se mueven, todo lleva impreso el sello de la sinceridad y de la verdad. Completa el tomo, que va dedicado a D. Jacinto Benavente, una comedia para niños titulada *Durmiendo al nieto*, honda y delicadamente sentida. Ambas producciones están bellamente escritas. Un tomo de 108 páginas, impreso en Madrid en la imprenta de La Bolsa.

Paris  
 Data de 1849  
**PUREZA DEL CUTIS**  
 - LAIT ANTÉPHELIQUE -  
**LA LECHE ANTEFÉLICA**  
 ó Leche Candès  
 pura ó mezclada con agua, disipa  
 PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA  
 SARPULLIDOS, TEZ BARROSA  
 ARRUGAS PRECOSES  
 EFLORESCENCIAS  
 ROJECES.  
 Pone y conserva el cutis limpio y terso  
 Casa CANDES  
 St-Denis, 46

**AVISO A LAS SEÑORAS**  
 EL ANIOL DE LOS  
**JORET HOMOLLE**  
 CURA  
**LOS DOLORES, RETARDOS,  
 SUPPRESSIONES DE LOS  
 MENSTRUOS**  
 F<sup>ca</sup> G. SÉGUIN - PARIS  
 165, Rue St-Honoré, 165  
 Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

**FÁBULAS DE LA-FONTAINE**  
 Nueva traducción debida á **D. Teodoro Llorente**, ilustrada con notables dibujos intercalados en el texto y láminas tiradas aparte, originales de **Gustavo Doré**. - Esta notable edición en un tomo casi folio, ricamente encuadernado con tapas alegóricas, se vende al precio de 35 pesetas en la casa editorial de Montaner y Simón, Aragón, 255, Barcelona.

**Diccionario Enciclopédico Hispano - Americano**  
 Edición profusamente ilustrada con miles de pequeños grabados intercalados en el texto y tirados aparte, que representan las diferentes especies de los reinos animal, vegetal y mineral; los instrumentos y aparatos aplicados recientemente á las ciencias, agricultura, artes é industrias; retratos de los personajes que más se han distinguido en todos los ramos del saber humano; planos de ciudades; mapas geográficos coloridos; copias exactas de los cuadros y demás obras de arte más célebres de todas las épocas.  
**Montaner y Simón, editores. - Calle de Aragón, núm. 255, Barcelona**

**INNSBRUCK, TIROL**  
 ESTACIÓN DE VERANO Y DE INVIERNO  
**HOTEL TYROL, DE PRIMERA CLASE**  
 FOLLETO ILUSTRADO CARLOS LANDSEE

MONUMENTO A GARIBALDI

La figura del general Garibaldi es indudablemente una de las que mayor relieve ofrecen en la historia moderna de Italia. Hijo de humilde familia de pescadores, simple marinero en sus primeros años, obligado a huir de su patria cuando por su participación en los planes de Mazzini fué condenado a muerte, siguió desde entonces una vida aventurera; entrando primero al servicio del bey de Túnez y marchándose luego a la América del Sur.

Después de haberse dedicado durante algunos meses al comercio del cabotaje, tomó parte en el movimiento republicano que había estallado en las provincias meridionales del Brasil y más tarde, al frente de su legión italiana ayudó a la República Oriental del Uruguay contra los planes de conquista y anexión del dictador bonaerense, Juan Manuel Rosas.



En 1862, entró en la Calabria, al frente de algunos voluntarios, pero fué vencido y hecho prisionero, siendo puesto en libertad poco tiempo después.

En 1866, tomó el mando de un cuerpo de voluntarios encargado de operar en el Tirolo, viéndose detenido, a poco de comenzar sus operaciones, en su triunfal carrera, por el armisticio firmado entre Austria e Italia.

Al año siguiente, marchó sobre Roma, mas fué derrotado por las tropas francesas y pontificias y hecho prisionero. Libertado al poco tiempo, volvió a Caprera, de la que no salió hasta 1870 para tomar parte en la guerra francoprusiana, en favor de Francia.

Terminada aquella guerra, regresó a Caprera, después de haber renunciado el cargo de diputado de la Asamblea Nacional, para el cual había sido elegido por cuatro departamentos, a pesar de su nacionalidad extranjera.



Monumento a Garibaldi recientemente inaugurado en Spezia, obra del escultor Antonio Garella

(De fotografía remitida por Gaspar Romieux.)

En 1848, volvió a Italia, en donde peleó bravamente contra los austriacos; en 1850, partió para los Estados Unidos y al poco tiempo trasladóse a Lima. Cuatro años después regresó a su patria, fué capitán de un buque mercante y habiendo logrado, a fuerza de trabajo y de economía, reunir una pequeña fortuna, retiróse a vivir tranquilamente en la isla de Caprera. No fué muy larga su permanencia en aquel retiro, pues nombrado en 1859 mayor general, tomó el mando de los cazadores de los Alpes, y luchó nuevamente contra los austriacos, vencidos en Varese y tomándoles Como, Bérgamo, Nonato y Brescia. Al año siguiente, gracias a sus victorias militares, el reino de las Dos Sicilias era anexionado a la corona de Italia; y después de haber entrado en Nápoles al lado del rey Víctor Manuel, retiróse de nuevo a la isla de Caprera.

En los últimos años de su existencia, nuevamente fué elegido dos veces consecutivas diputado por Roma.

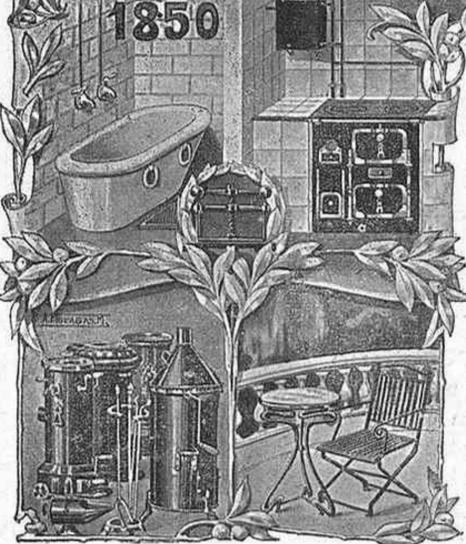
Falleció en Caprera en 1882.

A la memoria de Garibaldi se han erigido gran número de monumentos, no solamente en Italia, sino también en Francia.

El inaugurado recientemente en Spezia, que el adjunto grabado reproduce, es sin duda alguna uno de los más hermosos en su honor levantados. Grandiosa y original en su conjunto, la obra del escultor Garella revela el talento de un gran artista; la estatua ecuestre de Garibaldi es un modelo en su género.

FUMISTERIA CAÑAMERAS

Fundada en 1850



COCINAS MODERNAS

GRAN VARIEDAD DE MODELOS

TERMO-SIFONES PARA BAÑOS

ASADORES AUTOMÁTICOS

TOSTADORES, CALORÍFEROS Y

CALEFACCIÓN POR AGUA Y VAPOR

PRESAS, BANCOS,

MESAS Y SILLAS

Fábrica despacho: SICILIA, 141 y 143  
Teléfono 1940

Depósito: HOSPITAL, 87. Teléfono, 2120

BARCELONA

Sucursal: ESPOZ Y MINA, 15. - MADRID  
Teléfono, 3317

Catálogos, proyectos y presupuestos gratis

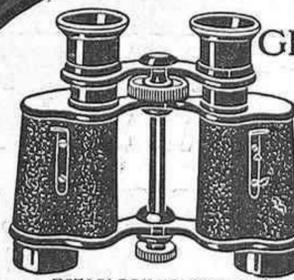
ANEMIA DEBILIDAD Curadas por el Verdadero HIERRO QUEVENNE

El más activo y económico, el único inalterable. - Exigir el Verdadero, 14, R. Beaux-Arts. Paris.

PÍDASE

PROSPECTO J.A.

LEITZ



GEMELOS PRISMÁTICOS

PARA

EJÉRCITO Y MARINA

VIAJE Y SPORT

TEATRO Y CAZA

SE VENDEN EN TODOS LOS

ESTABLECIMIENTOS DE ÓPTICA DE IMPORTANCIA O DIRECTAMENTE POR

E. LEITZ, WETZLAR (ALEMANIA)

PATE ÉPILATOIRE DUSSE

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, emplee el PILLI ORE. DUSSE, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN